

REVISTA LITERARIA

PERIÓDICO HEBDOMADARIO DE LITERATURA

DIRECTOR — José Antonio Tavolara.

REDACTORES — Julio Herrera y Obes, Eliseo F. Outes, Gonzalo Ramirez, José Pedro Varela, José María Castellanos.

Inocente y mártir

drama social
en cuatro actos y un prólogo, en prosa

(Concluye)

ACTO QUINTO.

(El teatro representa el dormitorio de Sofia.)

ESCENA I.

Rodriguez, Cármen y Sofia (esta duerme en su cama).

CÁRMEN.

Haz despacio; Sofia está durmiendo, no la despertemos.

RODRIGUEZ.

No pude encontrarlo; pero le dejé cuatro líneas, pidiéndole encarecidamente que venga á tener hoy mismo una entrevista conmigo.

CÁRMEN.

¡Oh! no me esplico cómo es que se niega á dar cumplimiento á su palabra... ¡Cruel destino el de esta infeliz criatura!... Peligra su vida, si no descubrimos ese secreto de que me habla Gonzalez, ese misterio terrible que persigue á mi hermana por todas partes, la atormenta sin piedad y aleja de ella todas las afecciones.

RODRIGUEZ.

Mientras iba presuroso en busca de ese jóven, estuve meditando sobre lo que acontecia, y estoy por comprender el sentido de su carta.

CÁRMEN.

¡Cómo, tú crees...!

RODRIGUEZ.

Creo saber algo que nos encamine.

CÁRMEN.

¿Será posible? Pero entónces, cuando nos oias hablar de nuestras inquietudes, del misterio impenetrable que encubria sus sufrimientos, ¿porqué has guardado silencio?

RODRIGUEZ.

Es que yo era de parecer que valia mas dejaros ignorar esta triste historia hasta que no hubiera otro remedio que deciroslo... ¡Pobre Sofia! bien ha purgado con sus lágrimas, esa primer falta de su juventud.

CÁRMEN.

¡Primer falta de su juventud!... ¿qué dices?

RODRIGUEZ.

Ya me entenderás: hace un año y meses, antes de la batalla de Pavon, una noche que yo volvia del Club del Progreso, donde Sanchez me habia dado cita y no vino, al entrar yo en mi estudio, oí ruido por los cuartos del fondo, miré por entre la oscuridad, y ¡cuál no fué mi asombro! ví salir del aposento de Sofia, de este mismo dormitorio....

CÁRMEN.

(Aparte) ¡Dios! esto es horrible.

RODRIGUEZ.

A nuestro amigo Sanchez; le conocí distintamente. Cerró la puerta tras sí, y se alejó por los fondos sin verme. Desde esa noche, nunca mas ha vuelto y al dia siguiente partió para la guerra....

CÁRMEN.

(Aparte) ¿Existo yo, ó es un sueño?... Nó, es la pura verdad... Sí, Sanchez... ¡Oh, madre mia! yo soy quien he marchitado la vida de mi hermana con una accion culpable; mi falta ha recaido sobre esta inocente, pura como un ángel del cielo... ¡Cómo reparar!

RODRIGUEZ.

Ya sabes todo ahora... Tuve confianza que ese secreto nadie lo conoceria sino yo, y que moriria conmigo; tuve confianza que Sanchez tambien guardaria un eterno silencio, pero por lo visto, ó él ó algun otro testigo, quizás el mucamo que despedimos, ha descubierto esta deplorable aventura... Así solamente me esplico por qué Sofia es tan mal admitida en la sociedad, desechada por todas las madres que temen por sus hijas... Hé ahí, no lo dudo, por qué Gonzalez no acepta ya su mano (Vá á ver si Sofia duerme.)

CÁRMEN.

(Aparte) ¡Virgen Santa!... Es atroz lo que acabo de saber... Sofia sufria por mí, por mí que habia prometido velar por su felicidad (Momento de silencio.)

RODRIGUEZ.

¡Infeliz!... duerme como la mas inocente de las criaturas.

CÁRMEN.

(Aparte) Debo de sacrificarme; no puedo permitir que Gonzalez crea... Nó, esto no pasará así. (Alto) RodrigueZ, vuelve á lo de Gonzalez, espéralo hasta que lo veas, y de grado o por fuerza hazlo venir; es preciso que le espliquemos... (Aparte) ¡Dios mio!

RODRIGUEZ.

Bueno; ya voy (Sale).

ESCENA II.

Las mismas, menos **Rodriguez**.

SOFIA.

(Despertando) ¡Cármen! ¿qué estás haciendo?

CÁRMEN.

Lloro... pido perdon...

SOFIA.

¡Tú lloras!... ¡tú pides perdon!... ¿Y de qué?... Te comprendo, hermana; lloras, porque lloro, porque sufro. Nuestro dolor es profundo, pero podemos mirar al cielo y orar sin sonrojarnos.

CÁRMEN.

Nó... nó, hermana... Vives engañada. A tus piés... á tus rodillas, la frente inclinada, toda mi vida á suplicarte, á pedirte perdon.

SOFIA.

Pero, ¿por qué?... No te comprendo, ahora.

CÁRMEN.

Yo soy quien te hé perdido...

SOFIA.

¡Tú!... ¡tú!...

CÁRMEN.

Yo hé marchitado toda tu vida... ¿me entiendes?... yo soy la causante de todas tus desgracias (Se oculta el rostro en la ropa de Sofia y llora).

SOFIA.

Cármen, te suplico, no me entristezcas de este modo... Alzate (Momento de silencio).

CÁRMEN.

Tén piedad de mí; no me maldigas.

SOFIA.

Pobre hermana, ¿no ves que te tiendo mis brazos? Esta mañana tú llorabas por mi dolor; ahora es mi turno de llorar por tu desesperacion.

CÁRMEN.

Por tí yo habria dado mi vida entera, y yo soy... ¡yo!... ¡oh, es atroz!... Sí, es imposible que me perdones... ¡Sofia! hé sido muy culpable, pero sin saberlo, RodrigueZ entraba; no habia otra salida. Yo estaba perdida, perdida para siempre. Tú dormias en tu pureza de ángel... Lo hice salir por este aposento, esta puerta, para que escapára á todas las miradas; pero Dios quiso que la falta tuviera su expiacion; y cres tú, inocente, la que has venido á pagar por mí... ¡Y vos, madre mia, vos que

al morir habeis llamado á vuestro lecho de dolor vuestra hija mayor, y le habeis dicho: «no olvides, hija mia, que confio en tus manos la felicidad de mi pobre Sofia, «huérfana á esa edad en que tanto se necesita de afecciones—acuérdate que debes «protegerla, velar por ella, guiar sus pasos «por el buen camino, reemplazar á su mamá, en fin»... hé ahí lo que me habeis dicho, madre... y hé aquí lo que he hecho...!

SOFIA.

Si nuestra madre te oye y te vé como yo, en este momento, de seguro que te perdona.

CÁRMEN.

Sí, acepto ese perdon, Sofia, pero para salvarte y arrancarte á la deshonra injusta que pesa sobre tu cabeza... Sí, acepto ese perdon, y seré digna de merecerlo, pues yo misma, en todas partes y á todos, diré la verdad, proclamaré mi falta y tu inocencia.

SOFIA.

No harás eso, Cármén, porque te perderias sin salvarme. Ya que era menester, en la voluntad del Cielo, que esa falta de tu pensamiento se espiára, ¿no valia mas que fuera la jóven, cuya existencia no se ligaba sinó á sí misma, que la expiase á los ojos del mundo?... Nó, no cumplirás un sacrificio tan grande, y me dejarás al ménos por consuelo el pensamiento de tu felicidad y del reposo de toda tu vida, conservados por mí.

CÁRMEN.

Pero tú... tú... Nó, es preciso que la culpable sea la única que incline la cabeza.

SOFIA.

Piensa que tu vida ya no te pertenece... es de tu marido y de tu hija. Piensa que al hacer lo que desees, los perderias á ambos, y el mundo no te respetaria así como no me ha respetado... ¡Oh! créeme, la sociedad no pondria en compensacion mis sufrimientos y mis lágrimas, y tú, á tu vez, sufririas esta tortura de cada dia... Tú no sabes lo que es eso... te lo aseguro: ¡es horrible!

CÁRMEN.

Sin embargo...

SOFIA.

(A medida que va hablando, va desfalleciendo, pero insensiblemente) Déjame hablar: es un desahogo de mi corazon, tanto tiempo comprimido... ¿Crees ahora, que haya algo en el mundo que tenga ya el poder de devolverme esos dias que he pasado en este continuo padecer?... ¿Crees que ahora, algo pueda hacerme feliz... borrar de mis mejillas la huella de tantas lágrimas, y en mi corazon la de tantos sufrimientos?... Nó... nó... esos dias han muerto toda mi vida... Cuando la tormenta ha pasado sobre una flor y ha roto su tallo, ¿piensas tú que la mano que la levante, pueda devolverle el brillo y la lozania?... Mirame, y verás que nada puede ya cambiar mi destino. Que mi desgracia sirva al menos para tu descanso, para el de tu hija, siquiera.

CÁRMEN.

¡Oh! no me hables así, con ese dolor resignado. No me digas que tu vida entera

está marchita para siempre. Cada palabra que pronuncias, me cae sobre el corazon, y lo hace pedazos... ¡Por piedad, Sofia, déjame esperar para tí, dias bonancibles en el porvenir!... Volverás al mundo, brillante y pura como cuando entraste en él por primera vez... Yo hablaré á tu lado... Si, se me creará... (Momento de silencio. Sofia se desmaya) ¡Cielos! Sofia... (Sofia vuelve en sí) ¿Qué sientes?

SOFIA.

Nada... pesadez... sueño... Quisiera dormir.

CÁRMEN.

Bueno, duerme; quizá eso te descansa y te aproveche (Bájale las cortinas.)

SOFIA.

No te alejes...

CÁRMEN.

Nó, hermana... (Aparte) ¡Oh desesperacion!... ¿Por qué no se abre la tierra y me engulle en lo mas recóndito de sus entrañas?... (Mira si Sofia se ha dormido) Ya se ha dormido... ¿Cómo habrá sufrido! Y la inocente purgaba por mí una falta que no fué falta... Sí, debo confesarlo todo... cuando venga Gonzalez... Justamente, hélo aquí.

ESCENA III.

Las mismas, **Gonzalez.**

GONZALEZ.

Cármén... aquí me tiene Vd. de vuelta... arrepentido... sumiso... ¿Dónde está Sofia?

CÁRMEN.

Hable Vd. despacio; ella descansa en ese lecho. Despues de tanta lucha, que aproveche ese sueño reparador... ¿Ha visto Vd. á Rodriguez?

GONZALEZ.

Nó; pero hé encontrado á Sanchez...

CÁRMEN.

(Aparte) ¡Cielos!... ¡si será la mano de Dios!

GONZALEZ.

Acaba de llegar en el Pávon, y al ver mi desesperacion... todo me lo ha contado...

CÁRMEN.

¿Vd. sabe?...

GONZALEZ.

Dios se ha compadecido de mí... yo era tan desgraciado... ¿Qué hubiera sido de mí?

CÁRMEN.

Si Sanchez le ha dicho...

GONZALEZ.

¡Oh! seguro estoy de la inocencia de Sofia... y tambien de la de Vd., Cármén. Me habian engañado; nunca faltan malas lenguas que se complacen en el mal... ¡Malvados, cebarse así con la reputacion de un ángel! (Se oye suspirar á Sofia)

CÁRMEN.

Creo que se está despertando... Llámosla.

GONZALEZ.

Nó; mi presencia, de golpe, podria hacerle mal. Me ocultaré trás de ese cortinado; prepárela Vd. á mi visita.

CÁRMEN.

Es verdad (Gonzalez se oculta; Cármén abre las cortinas de la cama de Sofia, y esta se despierta). ¡Sofia! ¡Sofia!

SOFIA.

¡Oh! ¡qué hermoso sueño! parecíame oírle, que habia vuelto, que se echaba á mis piés pidiéndome perdon...

CÁRMEN.

¿Y si eso fuera cierto?

SOFIA.

¿Qué?

CÁRMEN.

¿Si él hubiese vuelto?

SOFIA.

¿Quién?

CÁRMEN.

¿Gonzalez!

SOFIA.

¿Gonzalez? (Cáensele dos lágrimas)

GONZALEZ.

(Aparte) ¡Pobre Sofia!... ¿Cómo está cambiada! ¡Ah! he sido muy cruel.

SOFIA.

¿Entónces, no he soñado?... ¿Verdad, ha vuelto?

CÁRMEN.

Sí, sí; te ama mas que nunca, y te espera en la sala: espera su sentencia, quiero decir, su perdon.

SOFIA.

¡Está aquí!... Cármén, quiero verlo.

CÁRMEN.

Estás tan débil; tantas emociones en un mismo dia, te harán mal.

SOFIA.

Nó; la felicidad dá fuerzas. Vas á ayudarme á levantarme (Trata de levantarse) Realmente, estoy muy débil.

CÁRMEN.

Motivos tienes, despues de pasar hoy por tantas transiciones.

GONZALEZ.

(Aparte) Me desgarran el corazon... Nó, no quiero mostrarme, la alegría la mataria.

SOFIA.

(Esforzándose para levantarse) No puedo, Cármén; estoy clavada en la cama. Me siento desfallecer... Ahora que voy á ser feliz, tengo miedo de morir; eso sería cruel... ¡tan jóven!...

CÁRMEN.

No me hables así, Sofia... ¿A tu edad, quién se muere?

GONZALEZ.

(Aparte) ¡Dios! compadeceros de nosotros.

SOFIA.

¡Quiera el cielo pensar como tú, hermana, pero yo ya no tengo otra esperanza! (Consigue al fin ponerse de pié, apoyada sobre Cármén) Ya no me encontrará hermosa; mas cuando sepa que he sufrido tanto... Antes de hacerlo entrar, espera un poco... estoy muy fatigada (Oye ruido detrás de ella, mira y vé á Gonzalez) ¡Ah!

CÁRMEN.

Es Gonzalez.

SOFIA.

¿Por qué no se acerca Vd., Gonzalez?

GONZALEZ.

(Arrojándose á los piés de Sofia) ¡Perdon, Sofia! . . .

SOFIA.

Alcese Vd. . . . No tiene por que pedirme perdon; nada me ha hecho.

GONZALEZ.

Perdon. . . . perdon de rodillas, por haberla desconocido, ángel de inocencia y de bondad—por no haber adivinado en su rostro tan puro la castidad de su alma. Perdon, por haber creído mas bien á calumnias despreciables que á mi corazon que me llevaba hácia Vd. Mi vida entera será una expiacion. . . . Sofia, ¿me perdona Vd?

SOFIA.

Gracias por haber vuelto. Héme feliz con verle, pero temo mucho que Vd. haya venido ya tarde.

GONZALEZ.

No pronuncie Vd. esas palabras tan crueles. . . . Nó; Dios es justo, Dios es bueno, y no ordenará semejante sacrificio. . . . Nó; la conservará á mi amor, á mis lágrimas, á mis oraciones. Vd. vivirá, Sofia, para que yo pueda consagrarle mi vida entera.

CÁRMEN.

Sí, debes apartar de tu mente esos negros pensamientos.

GONZALEZ.

Aleje Vd esos terribles presentimientos; no me mire con esa mirada tan triste. . . . ¡Oh! nó, nó, eso no podrá ser. Yo tambien moriría. . . . me mataría.

SOFIA.

¡Gonzalez!

GONZALEZ.

Vd. no sabe cuánto la amo: en medio de mi vida indiferente, sin interés, sin afeccion, Vd. me apareció como el ideal de mis ensueños, la realidad de mi felicidad; á todas partes donde Vd. dirigia sus pasos, yo iba á verla, á admirarla, á hablarle, aunque fueran tan solo cuatro palabras. Vd. era toda mi vida: todos mis pensamientos se reunian en Vd. como en un santuario; mi corazon se purificaba, por decirlo así, y mi alma se elevaba. Para mí, Vd. era el todo, yo la adoraba como á un ángel.

SOFIA.

¡Lo ois, Dios mio! . . . ¡Lo ois! . . . Es él; es mi novio que vuelve, á quien puedo amar, á quien debo amar, que me ama y me lo dice. ¡Oh! ¿no es verdad, Dios, que tendreis piedad de mi? . . . ¡He penado tanto! . . . Me dejareis ser feliz; aun no he conocido la felicidad. . . . ¡Dios mio! ¿me condenareis á morir.

GONZALEZ.

Cálmese Vd., Sofia. Comprendo sus sufrimientos, porque yo tambien hoy los he padecido; rompiame el corazon. Veinte veces, á mi pesar, arrastrado por un poder irresistible, hé vuelto; y hé derramado lágrimas ardientes sobre la piedra insensible. . . . Yo la huía, Sofia, pero esperaba morir.

SOFIA.

¡Vd. me ama! ¡Ah! esta palabra, es la vida que me vuelve. . . . Y yo tambien, lo amo. . . . Cuando se despidió Vd., ¿qué me importaba el vivir ó morir? Pero ahora,

quiero vivir, y viviré. Ya que el dolor no me ha muerto, ¿porqué me mataría la dicha? . . . Sin embargo, estoy muy débil, pierdo la cabeza. . . . ¿Está Vd. siempre á mi lado? Ya no lo veo (Se desmaya).

GONZALEZ.

¡Sofia! . . . ¡Sofia! . . . (Con Cármén, la pone sobre la cama.)

SOFIA.

(Vuelve en sí) No lloreis. . . . miradme. . . . ya no hay lágrimas en mis ojos.

CÁRMEN.

(Se asoma á la puerta, hace una seña y dice despacio) Pronto, que llamen el médico. . . . Es urgente.

SOFIA.

Estoy pronta y resignada. . . . La alegría me mata. Sí, es bien triste partir á mi edad, ahora sobre todo, pero hágase la voluntad del que Todo lo puede. . . . (Cármén y Gonzalez se arrodillan y oran. Sofia se recoge. Momento de silencio) ¡Cármén! . . . ¡Gonzalez!

CÁRMEN.

¡Dios! Si viniera el médico. . . . (Toma algunas aguas, le moja las sienes, le hace oler el frasco.)

GONZALEZ.

¡Dios mio! . . . ¡Y no poder remediarlo!

SOFIA.

¡Gonzalez. . . . mi amor. . . . ruega. . . . por. . . tu. . . . Sofia. . . .

GONZALEZ.

¡Sofia! (Sofia se muere).

ESCENA IV.

Los mismos, **Rodríguez.**

GONZALEZ.

(Al verlo entrar) Rodríguez, acompáñenos Vd. . . . ¡Que Dios la reciba en su seno!

RODRIGUEZ.

¡Pobre criatura! (Se arrodillan todos, y cae el telon).

A Pio IX, Papa.

(Continúa.)

III.

Nosotros creemos en Dios, Inteligencia y Amor, Señor y Educador.

Creemos pues, en una Ley Moral soberana, espresion de su Inteligencia, y de su Amor.

Creemos en una ley de Deber para nosotros todos, llamados á comprenderla y amarla, es decir encarnarla, en lo posible en nuestras acciones.

Creemos que la única manifestacion de Dios visible para nosotros, es la Vida; y en ella buscamos los indicios de la Ley Divina.

Creemos que así como Dios es uno, una es la Vida, una la ley de la Vida á través de su dúplice manifestacion, en el individuo y en la Humanidad colectiva.

Creemos en la conciencia, revelacion de la Vida en el individuo y en la Tradicion, revelacion de la Vida en la Humanidad, como en los dos únicos medios que Dios nos ha dado para comprender su Mente; y que cuando la voz de la conciencia y la de la Tradicion armonizan en una afirmacion, esa afirmacion encierra la Verdad ó una parte de la Verdad.

Creemos que la una y la otra religiosamente interrogadas, nos revelan que la ley de la Vida es Progreso: Progreso indefinido en todas las manifestaciones del Ser, cuyos gérmes inherentes á la Vida misma, se desarrollan sucesivamente á través de todas sus fases.

Creemos que así como una es la Vida, una su Ley, el mismo Progreso que se realiza en la Humanidad colectiva, y nos es revelado sucesivamente por la Tradicion, debe realizarse igualmente en el individuo; y como el Progreso indefinido, entrevisto, concebido por la conciencia, y preanunciado por la tradicion, no puede verificarse todo en la breve existencia terrestre del individuo, creemos que se completará en otra parte; y creemos en la continuidad de la vida manifestada en cada uno de nosotros, y de la que la existencia terrestre no es mas que un periodo.

Creemos que así como en la Humanidad colectiva todo concepto de mejora, todo presentimiento de un ideal mas vasto y mas puro, toda poderosa aspiracion hácia el Bien se traduce, á veces despues de siglos, en realidad, lo mismo en el individuo, toda intuicion de la Verdad, toda aspiracion, hoy ineficaz, hácia el ideal y el Bien, es una promesa de futuro desarrollo, germen que debe desenvolverse en la série de las existencias, que constituyen la Vida: creemos que así como la Humanidad colectiva conquista adelantando y sucesivamente, la inteligencia de su pasado, tambien el individuo conquistará, avanzando en la via del Progreso, y á medida de la educacion moral alcanzada, la conciencia, la memoria de sus pasadas existencias.

Creemos no solo en el Progreso, sino en la solidaridad de los hombres en él; creemos que como en la Humanidad colectiva, las generaciones se encadenan con las generaciones y la Vida de la una, promueve fortalece, ayuda la de la otra, así los individuos se enlazan á los individuos, y la vida de los unos es útil, aquí y en otra parte, á la vida de los otros: creemos que los afectos puros, virtuosos y constantes son una promesa de comunión en el porvenir y vínculo invisible, pero fecundo de accion, entre los muertos y los vivos.

Creemos que el progreso, ley de Dios, debe infaliblemente realizarse para todos; pero creemos que debiendo nosotros conquistar la conciencia de ello, y merecerlo por medio de nuestras obras, el tiempo y el espacio nos son concedidos por Dios como esfera de libertad en la que podemos, acelerándolo ó retardándolo, merecer ó desmerecer.

Creemos pues, en la Libertad humana, condicion de la humana responsabilidad.

Creemos en la Igualdad humana, es decir, que fueron concedidas por Dios á todos, las facultades y las fuerzas necesarias para alcanzar un Progreso igual: creemos á todos llamados y elegidos para realizarlo en épocas distintas, segun las obras de cada uno.

Creemos que todo lo que contraria el progreso, la libertad, la igualdad, la solidaridad humana, es el mal: todo lo que favorece su desarrollo, es el bien.

Creemos en el deber para nosotros todos y para cada uno de nosotros, de combatir sin descanso, con el pensamiento y la ac-

ción, el mal; y de promover el bien, creemos que para vencer el mal y promover el bien en cada uno de nosotros, es menester vencer el mal, y promover el bien en los demás, y para los demás: creemos que nadie puede conquistar su salvación sinó trabajando para salvar á sus propios hermanos: creemos que el *egoísmo* es la señal del mal, y el sacrificio la de la virtud.

Creemos que la existencia actual es una escala para la futura, la tierra el campo de las pruebas donde combatiendo el mal y promoviendo el bien, debemos merecer elevarnos: creemos deber de todos y de cada uno trabajar para santificarla, realizando en lo posible la ley de Dios, y de esta fé deducimos nuestra moral.

Creemos que el instinto del progreso nacido con nosotros desde la existencia de la humanidad, y convertido hoy en tendencia del intelecto, es la única revelación de Dios para los hombres, revelación continua y para todos: creemos que en virtud de esta revelación, la humanidad adelanta de época en época, de religión en religión, en la vía de la mejora, que la fué asignada: creemos que cualquiera que hoy presume reconcentrar en sí mismo la revelación y colocarse intermediario privilegiado entre Dios y los hombres, blasfema: creemos santa á la autoridad, cuando consagrada por el génio y la virtud, únicos sacerdotes del porvenir, y manifestada por la mas amplia potencia de sacrificio, predica el bien y, libremente aceptada, guía visiblemente hácia él; pero creemos que es nuestro deber combatir y espulsar del mundo como á la hija de la mentira, y madre de tiranías á toda autoridad, que no revista esos caracteres: creemos que Dios es Dios y la humanidad es su Profeta.

Esta es en sus principales rasgos nuestra fé: en ella abrazamos respetuosos, como grados de progreso realizado, á todas las manifestaciones religiosas pasadas, y como á síntomas y presentimientos del progreso futuro, todas las severas y virtuosas manifestaciones actuales del pensamiento: en ella sentimos que Dios es padre de todos, que la humanidad entera está vinculada en una comunidad de origen, de ley y de fin, que la tierra está santificada de grado en grado por la realización en ella del concepto divino, que el individuo está dotado de inmortalidad, de libertad, de potencia, y que es el autor responsable de su progreso: en ella vivimos y moriremos: en ella amamos y obramos, oramos y esperamos. En nombre de ella os decimos: *Descended del puesto que hoy usurpáis*; y en verdad, antes que el siglo se cumpla, descendereis.

La fé que vos promulgáis en la Enciclica del 8 de diciembre de 1864 abdica tierra y cielo, humanidad é individuo á la vez. Dios es el ente que afirma; y vos pretendéis vivir á fuerza de negociaciones. Los errores contra los cuales lanzáis el anatema en el primero, segundo, tercero de los artículos agregados á la Enciclica, no nos tocan: nosotros creemos que la fuente de toda soberanía está en Dios y en su ley, y rechazamos pues, á la sazón, el panteísmo que confunde á Dios con sus manifestaciones, y toda autoridad que no realiza la ley de Dios sobre la tierra. Ni nos tocan todos los artículos de esa larga série que publicasteis, relativo á la añeja cuestión, consecuencia del

dualismo cristiano, entre el poder espiritual y el temporal: nosotros creemos en un solo Poder, en el dominio de la Ley moral, y de ahí deducimos la legitimidad ó no de toda autoridad temporal. Nosotros creemos en la Iglesia, en la fraternidad de los creyentes, conservadora y descubridora progresiva de esa ley. Mas ¿esa Iglesia es también la vuestra? ¿Sois acaso el depositario de esa autoridad suprema, que está mas arriba de todos los poderes, y que nosotros invocamos?

IV.

No: vuestra iglesia no reune en derredor suyo mas que una fracción de hombres, fracción que disminuye cada día mas: vuestra *autoridad* no dirige, no engendra, no promueve la vida desde seis siglos atras: vos negáis la facultad que deberíais dirigir: renegáis, negando el trabajo que debe realizarse sobre la tierra, de los instrumentos que Dios nos dió para ese fin, negáis el intento divino de todas las obras de la humanidad, anteriores al presente: negáis la libre actividad del hombre, sin la cual no hay mérito ni desmérito: negáis (artículo 80) toda misión vuestra á favor de la civilización y del progreso de los hombres: negáis los dones que Dios nos infundió á todos, sustituyéndoles el árbitro de una *gracia* concedida á unos cuantos: negáis la inmortalidad de la vida de Dios decapitando el alma, con el infierno: negáis la perenne comunión de Dios con su creación, decretando una humanidad doble, la humanidad de la *caída*, y la humanidad de la *redención*: negáis la moral, negando nuestro deber de trabajar, para instituir en lo posible, el reino de Dios sobre la tierra, y abandonando á nuestros hermanos presa de la tiranía, de la miseria, de la ignorancia, de la injusticia, del error; negáis á las Naciones el derecho de proclamar su propia vida libre, de fraternizar por el bien de todos con las naciones hermanas, de elejirse jefes dignos de confianza. Solo una cosa afirmáis, y es que vos sois príncipe y que poseis, sin obligación ninguna hácia la humanidad, esa potencia y esos bienes terrenales, que á nosotros nos ordenáis despreciar.

Hubo tiempo—y yo lo recuerdo con reverencia—en el que el papado afirmaba y guiaba. Depositarios de la ley moral, convencidos de una misión de libertad y de justicia para todos, intrépidos delante de los violadores, fuese cual fuese su potencia, prontos á sufrir por su fé que era la fé de los pueblos, los papas promovían—desde el V hasta el XIII siglo—ese progreso que vos ahora condenáis. Desde Roma, que habían enseñado á los bárbaros á respetar, los papas representaban lo ideal de la época, el predominio del espíritu sobre la materia, el amor en oposición de la fuerza, la igualdad del alma, el *mérito* en oposición al poder por medio de la conquista, la *elección* contra el *nacimiento*, lo justo contra la arbitrariedad feudal, ó monárquica, protegían en los conventos, las reliquias de la sabiduría antigua, favorecían el arte, consolaban y mitigaban la miseria, educaban, hermanaban á nombre de Dios y de Jesús, á las razas enemigas. Entonces Leon pudo decir á Roma, vuelta centro de una segunda civilización: «Aunque por muchas víctimas tu hayas estendido tu derecho de imperio

sobre la tierra y sobre el mar, el valor desplegado en la guerra, no se conquistó tanto como el espíritu de la paz cristiana.» Entonces Nicolas I escribía á los obispos: «examinad si los reyes y los príncipes son verdaderamente tales, si primero se gobiernan bien á sí mismos, luego á los pueblos; observad si reinan conforme á la justicia, porque si esto no acontece, tenemos que mirarlos no como á reyes, sino como á tiranos, y resistir y levantarnos contra ellos y contra los vicios que los afean.» Entonces Inocencio III osaba decir á un poderoso señor: «si no miráramos mas que á tus culpas, no solo lanzáramos sobre tí el anatema, sino que llamaríamos á los pueblos para que se armaran contra tí,» y el Señor inclinó la frente ante la amenaza. Y antes que él, un gigante de mente y de corazón todavía mal comprendido por muchos de los nuestros, el hijo del pueblo, Gregorio VII habia dicho al mundo: «La espada príncipe está sujeta, como cosa humana, á la iglesia de Dios; y el rey debe obedecer al papa: la autoridad apostólica es parecida al sol, la potencia real á la luna que resplandeciente de luz refleja,» y los pueblos aprobaban aplaudiendo á la altiva doctrina, y la monarquía alemana hincábase ante el papa italiano en Canosa, arrepentida de haber intentado resistir.

Mas entonces, los papas representaban un deber; entonces un obispo ordenaba en Orleans:—«los ricos y los poderosos, reconozcan que los pobres y los siervos son iguales á ellos por naturaleza, porque un solo Dios reina sobre todos desde lo alto.» Entonces Gregorio VII justificaba su audacia confesando santamente «que la iglesia vivía en el pecado, porque estaba vinculada al mundo y á los hombres mundanos, porque sus ministros servían á la vez á ella y á las cosas terrenales; que estos eran culpables é indignos, y manifestando la fé que debían convertirse y enmendarse, que la rejeeneración debia principiar por el gefe, que esta debia declarar guerra al vicio, estirparle del mundo, proteger á todos los perseguidos á causa de la justicia y de la virtud, que todos los que pertenecían á la iglesia debían ser irreprochables, puros; y que al Papa estábale reservado el cumplimiento de esa grande obra, la fundación del reino de paz en el mundo.»

(Concluirá.)

Estudios sobre los caracteres morales del hombre.

(Continúa.)

Vuelvo otra vez á inspirarme de la musa francesa; ya sabéis que aludo á Madama Girardin. Todo escritor que quiera parecer espiritual, es necesario que la imite sinó ha de copiarla como yo.

Ella ha hecho también el elogio de la ineptia, y antes de leer vosotros las espirituales palabras con que realza este defecto, creeríais que es una blasfemia decir que la ineptia es provechosa, porque generalmente se cree que ella es un gran mal; que lucha siempre con invencibles dificultades.

Se juzga así, porque no se reflexiona con la prudencia necesaria sobre los hombres y las cosas. Si la ineptia no fuera casi siempre ventajosa, veríais todos los días ministros estúpidos, diputados imbéciles, aboga-

los, médicos, literatos, empleados ineptos, de toda mena, de todo género, de todo carácter.

¿Quién elevaría á esos rangos á los ineptos, sinó fuera su propio destino, su propia inaturalidad, su propia necesidad, su propia inutilidad. La diaria experiencia de la vida, es preciso repetirlo, nos enseña que el medio mas seguro de avanzar en todo sentido y muy principalmente en los cargos públicos, es una completa inepticia.

Con frecuencia, vemos al verdadero talento vegetar en un rincón obscuro; porque el talento no tiene jamás apoyo, sinó envidiosos y enemigos.

La inepticia, por el hecho de no ser temida por persona alguna, é inspirar compasión, ó desdén, en vez de ser envidiada, no hay quien no se comida á servirla y favorecerla, porque á todo el mundo gusta hacer el papel de protector del débil ó impotente.—Quien protege, puede, y poder mucho ó poco, lisongea siempre.

Por eso no vereis jamás á un inepto, en medio del mundo, solo, entregado á sí mismo, desanimado, ó inquieto sobre su suerte.

La mas dulce y mas firme confianza lo sostiene: una especie de instinto le dice que él es digno del favor de los demás; por intuición adquiere esta verdad, que es común al estado natural, al de sociedad, y á la religión cristiana: «la miseria dá derecho á todo; la debilidad á todo apoyo.»

Lo que dejo dicho lo vereis todos los días, en cada familia á que transporteis vuestra atención.

Ahi teneis á Octavio y á Mauricio, dos hermanos; el segundo de ellos activo, inteligente, dispuesto á todo, capaz de cuanto le pidais, desgraciado!... y el primero, torpe, rudo, perezoso, enemigo de todo trabajo, sordo á todo consejo, rebelde á todo estímulo; bien aventurado!...

Respecto de Mauricio, os dirán sus padres, sus buenos é imparciales autores: «este jóven es una alhaja; es capaz de abrirse camino por entre las dificultades mas grandes; nada lo detendrá; llegará ciertamente á su fin, porque ha nacido formado para ello; por eso no nos inquieta en lo mínimo su suerte.»

Y en efecto, este es todo el favor que le dispensan, abandonándolo á sí mismo, porque es una alhaja. Su destino no los preocupa; que se conduzca como pueda; ellos, los cariñosos padres!—tienen confianza en que llegarán á su fin, sin que vaya á pedirles cosa alguna, para obtenerlo.

Pero no sucede lo mismo con Octavio: reconocen los tiernos padres, todos afljidos y llorosos, que el pobrecillo es un gran estúpido; que ha nacido con una cabeza de piedra, que nunca aprenderá nada; que no servirá para oficio, ó profesion alguna; que morirá de miseria, si se le abandona.

Con razon, padres tan previsores y tan afectuosos, se inquietan y se alarman tanto sobre la suerte de su hijo inepto. ¿Tiene él la culpa de haber nacido imbécil?

Si se le descuida, si se le abandona, es capaz de hacer mil sandeces que comprometerán á los autores de sus desgraciados días. Es necesario, pues, no perderlo de vista, guiarlo, sostenerlo, hacerlo prosperar en lo posible, labrarle su felicidad, puesto

que él mismo no es capaz de proporcionársela? No veis esto todos los días, respetables lectores?

Toda la familia, con sus relaciones, al paso que admiran y enzalsan los talentos y habilidades de Mauricio, se ponen de acuerdo para sostener á Octavio. Y bien, se preguntan, ¿qué será preciso hacer de este muchacho? Ya sabemos que no es capaz de obrar por sí solo para adquirirse una carrera.

Es necesario acomodarlo en algún destino público, proporcionarle un empleo en la policía (¡pobre policía!), en la aduana (¡ay de la aduana!), en un ministerio, en cualquier repartición, en que haya un sueldo que devorar, sin hacer nada, ó sin hacer cosa alguna útil.

Reflexionad sobre esto, que ocurre todos los días, y en casi todas las familias, y encontrareis que el Estado, esa generosa y magnánima providencia, alimenta, y muy á menudo enriquece á los ineptos, solo porque lo son, y porque no pueden hacer fortuna en otra parte. No es una dicha nacer inepto?

Me observareis que, la idea de hacer entrar al servicio de los negocios públicos á un jóven, solo por el hecho de ser incapaz de dirigir los suyos, es absurda, maligna, exagerada. Si teneis razon, servíos entenderos con Madama Girardin, de quien es la idea. Pero lo que yo puedo deciros, es, que esa extravagancia la vereis todos los días; que la habeis visto ya quizas, en vuestros amigos, ó parientes; porque los padres, parientes y amigos de Octavio y sus semejantes lo quieren así.

No lo dudeis, si negais el hecho formalmente; á fuerza de empeños, de súplicas incesantes, hechas cada día, con creciente importunidad, Octavio obtendrá el empleo que necesita.

Del mismo modo no dudeis que lo perderá bien pronto, segun opina Madama Girardin; pero que importa eso?—Por los mismos medios adquirirá otro mejor; porque, por lo mismo que no habrá sabido desempeñar el primero, le será concedido el segundo, puesto que su inepticia, le será contada como un gran mérito para obtener el favor de sus protectores.

Así marchará, en una escala ascendiente, que se llama la carrera pública, en la que lo sostendrá el favor, y llegará de empleo en empleo hasta jubilarse si le conviene, ó hasta obtener un destino, en el que nada se haga, y se gane un sueldo bastante alto, el cual retendrá contra todo género de combates y asaltos de otros Octavios; porque los buenos empleos son los mas lucrativos, y en los que menos trabajo se tiene, y los que requieren menos habilidad.

De este modo, Octavio, siempre sostenido por su familia y por sus relaciones influyentes, llegará pronto á la fortuna y á la consideración de sus conciudadanos, que lo juzgarán un hombre de Estado, por lo mismo que no lo será; mientras que el pobre Mauricio, por haber nacido apto y capaz para todo, quedará olvidado en la obscuridad, contentándose los protectores de aquel, con lamentar su mala fortuna, y la injusticia de la sociedad en descuidar á los hombres de mérito verdadero, que es el consuelo que el mundo concede á los que confina en un rincón por envidia ó por celos.

Y no debeis estrañar que progresen con tanta facilidad los Octavios en el mundo, y que los Mauricios queden estacionarios en la senda de la vida, apesar de sus talentos y de sus calidades sobresalientes; porque los Octavios, sostenidos, empujados adelante por sus familias y las poderosas relaciones de éstas, llegarán pronto á la fortuna y á la consideración, mientras que los Mauricios quedarán muy atrás, porque no han necesitado el favor de los demás.

Los hombres inteligentes que van á pié, no avanzan tanto como los estúpidos que van en coche, ha dicho Madama Girardin, y esto es claro, porque el hombre independiente que todo lo espera de su trabajo, no tiene en su auxilio, sinó sus propias fuerzas; mientras que el imbécil se apoya en el poder y en la importancia del gran número de protectores, que se encargan de su suerte.

(Concluirá)

H. L. A.

SALAMBÓ

obra escrita en francés

POR GUSTAVO FLAUBERT

traducida para

«LA REVISTA LITERARIA»

POR AGUSTIN DE VEDIA

V.

FANIT.

(Continúa.)

Cuando salieron de los jardines, se les opuso al paso la gruesa muralla que circua el arrabal de Méyara, pero descubrieron una brecha y pasaron.

Cruzaron un sitio descubierto, formado por un terreno en descenso, muy espacioso—Spendius se detuvo un instante y dirigiéndose á Mátho le dijo:

—«Oyeme! y no temas nada, pues yo cumpliré mi promesa—Te acuerdas de aquella mañana en que á los primeros rayos del Sol, te mostraba yo á Cartago, dormida al lado del ejército en efervescencia, desde la azotea de Salambó? Eramos fuertes aquel día! pero tú no quisistes oír nada y se perdió la ocasión mejor—No importa—prosiguió con voz solemne—hay en el santuario de Fanit, cubriendo á la Diosa, un velo misterioso, caído del cielo.»

—«Ya lo sé» contestó Mátho.

—«Pues bien, ese velo es divino, como parte que es de la Diosa—Los Dioses residen allí, donde se encuentran sus simulacros—Cartago es todo poderoso é invencible, mientras tenga en su recinto el velo.» Al decir esto, se acercó al oído del gigante Lidyo y le dijo con acento incisivo: «Te he traído conmigo, para robar el velo!»

Mátho retrocedió horrorizado y exclamó:

—«Vete de aquí! busca algún otro que te ayude! yo no quiero participar de ese execrable atentado!»

—«Fanit es tu enemiga, contestó Spendius; ella te persigue y tu mueres por su cabeza! Véngate de ella robándole el velo—Después, ella se verá forzada á obedecer tus mandatos—tú te harás invencible con su posesión y casi inmortal!»

—Mátho permaneció con la cabeza baja sin contestar—Spendius continuó:

—«Decidete—reflexiona que nosotros debemos sucumbir; porque en la composición del ejército mismo, están los gérmenes de su disolución—No tenemos ni medios de huir, ni esperanza de socorro y menos de perdon—Tú temes el castigo de los Dioses! —pero ese es un absurdo, pues los Dioses no podrán castigarte, cuando hayas adquirido su fuerza y poderio—Prefieres perecer miserablemente la noche de una derrota, al abrigo de algun matorral, ó bien en las llamas de una hoguera, entre los ultrajes del populacho que celebrase tu martirio?—Ven, sígueme! y yo te prometo que llegará un día que entrarás en Cartago rodeado de los pontífices, que se considerarán felices, si tu les permites besar las sandalias—entonces, podrás devolver á Fanit su velo, para acallar tu conciencia.»

El ánimo de Mátho, fluctuaba entre el deseo y el temor—Habria querido poseer el velo, absteniéndose del sacrilegio—su supersticiosa creencia le decia, que quizás no era preciso apoderarse de él para poseer su virtud—No atreviéndose á penetrar en el fondo de su pensamiento que le espantaba, vagaba indeciso por la superficie—pero al fin, el instinto salvaje triunfó y de improviso dijo:

—Marchemos!»

A esta exclamacion, un rayo se desprendió de los ojos de Spendius y se pusieron en camino con paso rápido, apareados y silenciosos—El camino que seguian se elevaba á su frente y las habitaciones que se elevaban en su altura, parecian descender á su encuentro—Por último, penetraron en calles estrechas donde las tinieblas aumentaban su intensidad—las esteras de esparto que cerraban las puertas de las casas, flameaban con el viento y batian los muros—Cruzaron una plaza llena de camellos que rumiaban en actitud de reposo—despues, pasaron bajo una galeria cubierta de follage, y una cuadrilla de perros se puso á ladrar—De repente, el espacio se ensanchó y reconocieron la faceta occidental del Acrópolis—En la parte inferior de Byrsa, se destacaba la masa negra del templo de Fanit, rodeado de monumentos y de jardines cercados por una pared baja de piedras secas, que nuestros viajeros salvaron fácilmente.

Este primer cercado encerraba un bosque de plátanos, plantados como preservativo contra la peste y la infeccion del aire—Se veian allí diseminadas, diversas tiendas de campaña, en las cuales, durante el día, se vendian golosinas de masa, perfumerias, vestidos é imágenes de la Diosa, con similes de su templo, esculpidos en alabastro.

Las noches en que el astro no se dejaba ver, se suspendian todos los ritos y por consiguiente, no habia nada que temer—A pesar de esto, Mátho disminuia sensiblemente la rapidez de su marcha y al fin se detuvo al pié de las tres gradas de ébano que conducian al segundo muro; pero obedeciendo á la orden de Spendius, prosiguió y penetraron en un bosque de granados, almendros, ciprees y mirtos, cuyo follage estaba tan inmóvil, con la serenidad del aire, cual si hubiese sido de bronce—El camino recubierto de piedrecillas azules, crugia bajo el pié y el aire estaba embalsamado con el perfume de las rosas que á uno y otro lado formaban líneas paralelas, de bellissimo efecto á la luz del día—A su paso, encontraron

un pozo oval protegido por una reja y Mátho á quien el silencio aterraba, dijo á Spendius:

«Aquíes donde se mezclan las aguas dulces con las aguas amargas.

—«Sí, contestó Spendius, en Siria, en la ciudad de Maphay, he visto todas esas prácticas que forman parte del rito.»

Siguieron su camino y llegaron á una escalera compuesta de seis gradas de plata que subieron y penetraron en el tercer y último recinto, en cuyo centro se alzaba un enorme cedro cuyas ramas inferiores estaban cubiertas de tiras de género y collares, suspendidos allí por los fieles—Algunos pasos mas allá del cedro, se desplegaba la fachada del templo—Dos largos pórticos cuyas alquitrabas reposaban sobre pilares macisos, flanqueaban una torre cuadrangular, adornada en su plataforma por una luna de plata—Sobre los ángulos de los pórticos y de la torre, reposaban copas de bronce llenas de perfumes encendidos—No se puede formar una idea exagerada de las riquezas prodigadas en los adornos exteriores del templo, pues el oro, la plata, las perlas, resplandecian en las paredes, dispuestas en líneas ó guirnaldas—La escalera que descendia del vestibulo, era de bronce y á la entrada, entre una estéla de oro y otra de esmeralda, se alzaba un cono de piedra á cuya vista Mátho se besó la mano derecha.—El primer cuerpo del templo era muy elevado y su bóveda cruzada por muchas aberturas que permitian ver el firmamento—Al derredor de las murallas habia numerosas canastillas de cañas llenas de barbas y cabelleras, primicias de los adolescentes y en el centro se alzaba un cuba cubierta de pechos figurados, de la cual salia el cuerpo de una mujer esculpido en piedra y de grotescas formas—Su grueso vientre estaba pulimentado y luciente, por el roce de los lábios de la multitud, que le besaba en prueba de adoración.

De allí pasaron á un corredor transversal, donde un altar de proporciones exiguas se apoyaba contra una puerta de marfil—Solo los sacerdotes podian abrir esa puerta y pasar mas adelante, porque un templo no era un sitio de reunion para el pueblo, sinó la residencia particular de la divinidad.

—«La empresa es imposible, murmuraba Mátho—Tu no habias reflexionado en ello! Regresemos!»

Spendius no hizo caso de estas palabras y se puso á inspeccionar las paredes. A toda costa queria el velo, no porque tuviese confianza en su virtud—Spendius no creia sinó en el cruelo—Sinó porque estaba persuadido que los Cartagineses se creerian perdidos cuando notasen su falta y se entregarian á la desesperacion.

Dominado por esta idea fija, seguia en sus investigaciones y volvieron sobre sus pasos entre dos largas galerias paralelas—Pequeñas celdas se abrian á uno y otro lado, donde los instrumentos de las sacerdotisas colgaban de los muros ó de columnas de cedro—Muchas mugeres, tendidas sobre pieles, dormian al exterior de las celdas—Sus cuerpos grasientos, por el uso de los unguentos, exalaban olor á especias y estaban de tal manera cubiertas de collares, de anillos, de bermellon y de antimonio, que sin el movimiento de su pecho, se las

habria tomado por ídolos—Una fuente habia allí, donde nadaban peces semejantes á los de Salambó y en el fondo, contra el muro del templo, se extendia una viña cuyos vástagos eran de vidrio y los racimos de esmeraldas—Los rayos que despedian las piedras preciosas, hacian juegos de luz entre las columnas pintadas y sobre los rostros de las dormidas.

Mátho se sentia sofocado por la cálida atmósfera que se aspiraba allí—todos esos emblemas de fecundacion, esas emanaciones del cedro, esos perfumes, esos reflejos deslumbrantes, esos alientos, le comunicaban un mal estar que le axlisiaba; y á pesar de eso, al traves de las alucinaciones místicas, pensaba en Salambó y en su espíritu, confundiéndola con la misma Diosa, su amor tomaba incremento.

Otras eran las preocupaciones de Spendius, pues calculaba cuánto habria ganado en otro tiempo, vendiendo todas aquellas mujeres con sus adornos.

Del lado que recorrian, el templo era tan impenetrable, como por la parte opuesta y volvieron á la espalda del primer cuerpo del edificio—Mientras que Spendius registraba por todas partes con minuciosa pesquisa, Mátho prosternado delante de la puerta, imploraba á Fanit para que no permitiese tal sacrilegio, como el que se proponian perpetrar y trataba de hacérsela propicia, prodigándole palabras cariñosas.

Pasando Spendius por allí, observó que sobre la puerta habia una tronera estrecha, é hizo levantar á Mátho; luego, puso un pié en una de sus manos y subió á su cabeza y alcanzando al respiradero, se introdujo por él—Despues subió Mátho con el auxilio de la cuerda de que Spendius iba provisto—De esta manera se introdujeron en una sala profundamente oscura.

Semejante atentado era una cosa extraordinaria y se consideraba tan imposible que alguien intentase tal profanacion, que no se ponian los medios suficientes para impedirlo—Los santuarios estaban protegidos, mucho mas por el terror que inspiraban, que por los muros y asi, Mátho á cada paso que daba, creia que un rayo lo iba á anonadar. No sucedió asi, sin embargo, y se dirigieron á tientas por las tinieblas, hacía una lámpara que brillaba en el extremo opuesto de la gran sala, colocada en el pedestal de una estátua con la cabeza cubierta por el gorro de los Caribes. Su largo ropaje azul, estaba sembrado de discos de diamantes y se hallaba sujeta por los piés, con cadenas afirmadas bajo el enlozado del piso—Mátho temblaba de piés á cabeza y decia con voz ahogada:

—«Héla ahí! héla ahí! tu eres un impío!»

No obstante estas terribles aprehenciones del gigante, seguia siempre los pasos del atrevido Spendius y penetraron en otra sala, en la cual solo se veia una pintura negra representando una mujer cuyas piernas se elevaban hasta lo alto de la pared y el cuerpo ocupaba el cielo de la sala todo entero y caia sobre la pared opuesta con la cabeza colgando hasta el piso, sobre el cual reposaban sus dedos punteagudos—Del ombligo de esta monstruosa pintura, salia un hilo, del cual pendia un huevo enorme.

Para pasar mas adelante, separaron un cortinaje que cubria una puerta y el aire

que penetró por allí les apagó la luz y tuvieron que marchar á la ventura, perdidos en las complicaciones de la arquitectura—Derrepente sintieron bajo sus piés, alguna cosa muelle y suave, de la cual se desprendian chispas fosfóricas—Spendius tanteó el piso y conoció que estaba entapizado con pieles de lince—Despues sintieron por entre sus piernas, como si se deslizase una gruesa cuerda húmeda, fria y viscosa—Algunas troneras abiertas en las paredes, dejaban penetrar los pálidos fulgores de la noche y á su incierta luz, distinguieron una gran serpiente negra.

—«Huyamos! exclamó Mátho, loco de terror—Es ella! yo la siento que viene!»

—«Cálmate! respondió Spendius, el templo está vacío!»

En ese momento una luz resplandeciente, les hizo cerrar los ojos y despues vieron á su derredor una multitud de animales trashijados, palpitantes, descubriendo sus garras y confundidos unos con otros, en un desórden lleno de misterio y espantoso conjunto—Alli se veian serpientes con piés—toros atados—peces con cabeza humana que comian frutas—De la boca de los cocodrilos, salian flores entreabiertas y elefantes con la trompa enhiesta, vagaban por el azulado espacio, con el aire orgulloso de las águilas—Un esfuerzo terrible desarrollaba sus miembros incompletos ó múltiples—Algunos habia, sacando la lengua como queriendo hacer salir el alma con ella—Todas las formas se encontraban alli, como si el receptáculo de los gérmenes, estallando súbitamente, hubiese estampado su contenido contra las paredes de la sala.

Doce globos de cristal azul, circulaban la sala, sustentados por monstruos semejantes á tigres, con las pupilas salientes como los ojos de los caracoles y los lomos arqueados para mirar al fondo, donde resplandecia sobre un carro de marfil la Rabbet suprema—la omnífecunda—la última y mas perfecta creación.

Conchas, plumas, flores y pájaros la cubrian hasta el vientre—Por pendientes, tenia cimbulo de plata que le caian sobre las mejillas—Sus grandes ojos se fijaban tenazmente en el que se le ponía delante y una piedra luminosa, engarzada en su frente figurando una alegoría obscena, iluminaba toda la sala reflejándose en espejos de cobre rojo.

Mátho pisó una baldosa que se hundió bajo su pié y todas las esferas se pusieron en movimiento, los monstruos rugieron y una música se sintió—El alma tumultuosa de Fanit, manifestaba sus sensaciones, que se comunicaban como un contagio, á las cosas como á los seres—iba á presentarse, á levantarse grande como la sala y con los brazos abiertos, pero los monstruos enmudecieron y los globos de cristal suspendieron su rotacion.

Sin embargo, la Diosa alli estaba, pero el velo no—Mátho tenia el corazon martirizado como por una decepcion en su fé—pero Spendius reflexionaba y al fin murmuró: «Por aqui!» y conducido por su maravilloso instinto, se dirigió á la tracera del carro de Fanit—alli, la muralla estaba cortada de arriba á abajo, dejando una abertura capaz de permitir el paso—Entraron por ella y se encontraron en una salita redonda y tan alta, que parecia el interior de una columna

hueca—En medio habia una gran piedra semi-esférica, negra y con luces sobrepuestas—al otro lado se alzaba un cilindro de ébano con cabeza y brazos y mas allá—en el fondo, se distinguia algo como una nube vaporosa salpicada de estrellas rutilantes y en las profundidades de sus pliegues, se traslucian figuras simbólicas: Eschmoúm con los Kabires—algunos monstruos—las bestias sagradas de los Babilónicos y otros desconocidos—Esta maravillosa tela, estaba desplegada y en ella se veian todos los matices cambiantes del dia y de la noche: azulada como esta, rosada como la aurora, purpúrea como el Sol, diáfana, resplandeciente é ideal!—Era el velo de la Diosa, el zaimph sagrado, cuya vista estaba prohibida al ojo de los profanos.

Los sacrílegos palidecieron en presencia de la maravilla aquella, pero Spendius dominando su emocion, descolgó el velo y animado Mátho con su ejemplo lo tomó, se envolvió el cuerpo con él y abria los brazos para mejor contemplar su magnificencia.

—«Partamos! dijo Spendius, pero Mátho palpitante de emocion y de esperanza, no se movia—al fin exclamó:

—«Si fuese ahora á su casa? Ya no le temo á su belleza! Al presente, que podria contra mí? Me siento omnipotente como un Dios! atravesaria las llamas de un incendio y marcharia por la superficie del mar! Todo mi ser se subleva en impetuosos arranques! Salambó! oh Salambó! yo soy tu dueño!»

Su voz vibraba como el trueno y á Spendius le parecia mas colosal en su estatura y completamente transfigurado.

En esto, un ruido de pasos se sintió, una puerta se abrió y un hombre se presentó en el dintel—Era un sacerdote, con su gorro punteagudo y en su rostro, la espresion del asombro mas profundo; pero antes que hubiese hecho un ademan ó dicho una palabra, ya los puñales de Spendius se habian enterrado en sus flancos y el cuerpo cayó cuan largo era sobre el pavimento.

Despues de esta sangrienta operacion, permanecieron en silencio y tan inmóviles como el cadáver, prestando atencion profunda á los ruidos exteriores, pero solo se oia el mugido leve del viento que pasaba por la puerta entreabierta—Esa puerta daba á un pasadizo estrecho, en el cual se aventuró Spendius seguido por Mátho. Al salir de alli, se encontraron en el tercer recinto del templo donde estaban las habitaciones de los sacerdotes—Sospechando que tras de las celdas, debia haber alguna salida, se dirigieron en su busca—Pasaron por la fuente de los peces y allí se lavó Spendius sus manos sangrientas—mientras tanto, las mujeres dormian y la viña de esmeralda despedia sus vívidos reflejos.

Marchaban bajo los árboles cuando les pareció que alguien los seguia y Mátho que llevaba el velo sintió, muchas veces, que le tiraban del vestido suavemente, pero pronto descubrieron que era un cinocefalo de los que se criaban libres en el recinto de la Diosa, el cual, como si hubiese tenido conciencia del robo, se agarraba al manto de Mátho. No se atrevieron á pegarle por temor de que gritase y al fin el animal se apaciguó y troteaba al lado de ellos, balanceando sus largos y musculosos brazos que le colgaban hasta la tierra—al llegar á la

barrera exterior, dió un salto y se trepó sobre una palmera.

Cuando hubieron salido fuera del recinto sagrado, se dirigieron hácia el palacio de Amilcar, pues Spendius comprendió que era inútil querer oponerse á esa determinacion de Mátho—Siguieron la calle de los curtidores—cruzaron la playa de Muthumbal—el mercado de las yerbas y la encrucigada de Cynacyn—En el ángulo de un muro, un hombre retrocedió, asustado por esa cosa chispeante, que atravesaba por las tinieblas.

—«Oculta el Zaimph, dijo Spendius.

Se cruzaron con algunos otros transeuntes nocturnos, pero no fueron notados y por último se encontraron en el distrito de Mégara—El faro que se elevaba en la parte superior de la barranca de la costa, despedia sus resplandores rojizos y la sombra del palacio con sus terrados sobrepuestos, se proyectaba en los jardines como una colosal pirámide—Entraron por la cerca de los azufafos abriendo brecha con los puñales—Todo conservaba aun alli, los vestigios del festin de los Mercenarios—los parques hechos pedazos—las regatas secas y abiertas las puertas de la ergastula—Nadie se veia en la inmediacion de las cocinas ni de las bodegas, reinando por todas partes el mayor silencio, interrumpido solamente por la fuerte aspiracion de los elefantes.

Mátho persistia en su idea de ver á Salambó—«Quiero verla, decia, condúceme á su lado!»

—«Es una demencia contesta Spendius, ella gritará, acudirán sus esclavos y mal grado tu fuerza, sucumbirás en la lucha.»

Pero como hacer entender razon á aquel bruto que se creia omnipotente? Todas las observaciones de Spendius se estrellaron contra aquella naturaleza agitada por el amor—Marchó recto á la escalera de las galerias y subió—Cuando se encontró en los mismos sitios en que ya la habia visto, el intervalo de los dias transcurridos se borró de su memoria y su alucinacion era tan completa, que creia haberla oido cantar un momento antes y subia, con la estraña facilidad que se atribuye á los sonámbulos—El velo que poseia, le recordaba su potencia; pero en el exeso de su esperanza misma, una vaga incertidumbre se comunicó á su espíritu y le intimidó.

Al fin llegó á la parte superior del palacio—una luz blanquecina transparentaba las laminas de talco, que en las paredes del pabellon, cerraban pequeñas aberturas practicadas para comunicar luz y aire al interior y que dispuestas simétricamente, en las tinieblas parecian rangos de perlas finas—Al reconocer la puerta roja cruzada de negro, su corazon latia con violencia—empujó la puerta y se abrió.

Una lámpara figurando una galera, ardia suspendida en el fondo de la habitacion y tres rayos que se desprendian de su cadena de plata, se agitaban sobre los altos artesonados pintados de rojo con fajas negras—El cielo raso era compuesto de piezas de madera artisticamente ligadas entresí, doradas y realzadas de amatistas y topacios—En cada costado de la habitacion habia un lecho muy bajo y sobre ellos, en la espesura de las paredes, se abrian nichos, en los cuales se veian trages colgados—Una grada de onix que circulaba una bañadera oval y sobre

ella se veían unas primorosas chinelas de piel de serpiente y una jarra de alabastro—Esquisitas aromas se evaporaban del baño—Mátho marchaba hacia él con furtivo paso sobre el pavimento recamado de oro y á pesar de la firmeza del piso, le parecía que sus pies se hundían como si anduviese por la arena.

Mil objetos del uso de una jóven opulenta se hallaban diseminados por la sala—sobre cogines de púrpura y aparadores de nacar, se veían en calculado desorden, á las de fenicopteros con manguitos de coral sombrío, cofrecillos de cedro incrustados de oro y pedrerías, espátulas de marfil, sortijas ensartadas en cuernos de antilope, brazaletes y collares—En el fondo, balaustres de plata rodeaban una espléndida alfombra flordelizada—Un lecho suspendido llamó la atención de Mátho y á él dirigió sus pasos vacilantes, tropezando con frecuencia, porque el piso tenía niveles de altura varia, formando como una sucesion de habitaciones.

Cuando llegó contra el lecho suspendido, cubierto por un cortinaje de púrpura, solo distinguió en la sombra el ángulo de un colchon con tela colorada y un piecesito desnudo, cuco y adorable—Mátho alumbró el interior de aquel pequeño santuario con la lámpara—La virgen dormía, apoyando su mejilla en una mano y el otro brazo extendido—los anillos de su magnífica cabellera se esparcían á su derredor, con tal profusion, que parecía acostada sobre plumage negro—Su larga túnica blanca ondulaba hasta sus piés, marcando las inflexiones de su talle—Por entre sus párpados cerrados, se veían brillar sus ojos, como un hilo de luz magnética—El cortinaje perpendicularmente tendido, envolvía á la encantadora en una atmósfera azulada y el movimiento de su respiracion, comunicándose á su lecho, parecía balancearle suavemente.

Mátho estaba inóvil en su contemplacion, con la galera de plata en la mano—el fuego se comunicó á las cortinas y Salambó se despertó:

—«Qué significa esto?» exclamó.

—«Es el velo de la Diosa, contestó Mátho desplegándole.

—«El velo de la Diosa! repitió Salambó palpitante de emocion.

—«Sí, he ido á buscarlo para tí en las profundidades del Santuario! miralo! Te acuerdas? en la noche, tú te me aparecías en sueños, pero yo no adivinaba la órden muda de tus ojos!»

La virgen, sin prestar atencion á lo que el Libyo la decía, consideraba el velo con arrobamiento—él proseguía:

—«Si yo hubiese comprendido, ningun poder humano habria podido oponerse á que diese yo, cumplida ejecución á tu mandato—Habria abandonado el ejército—no habria salido de Cartago y para obederte, habria descendido á la caverna de Hadruméte en el reino de las sombras! . . . Perdóname! un dolor inmenso martirizaba mi existencia y una voluntad superior á todo esfuerzo, me arrastraba hacia tí! . . . He venido! pero sin la proteccion de los Dioses, jamás lo habria conseguido, ni me habria atrevido á ello! Partamos! es necesario que me sigas y si lo rehusas, yo permanezco á tu lado! Permite á mis labios que se abra-

sen al contacto de los tuyos y anega mi alma con el soplo de tu aliento!

—«Déjame ver el velo! contestaba ella—Acércalo mas! acércalo mas!

El alba rompía las tinieblas y un calor purpurino transparentaba las láminas de talco de los muros de la habitacion—Salambó desfalleciendo, se apoyaba en los cogines de su lecho—Él la decía con vehemencia:

—«Yo te amo! y ella poniéndose en pié contestaba:

—«Dámelo! y se adelantaba hacia él, vestida con su simarra blanca, que arrastraba por el suelo y con sus grandes ojos fijos en el velo—Mátho estaba dominado por un vértigo, al contemplar los esplendores de la cabeza angelical de aquella virgen, la tendía el Zaimph é iba á envolverla con sus brazos.

Una conmocion eléctrica recorrió el cuerpo de la jóven y sin comprender lo que aquel hombre solicitaba, se apoderó de ella un horror indefinido—Sus preciosas cejas se arquearon en una contraccion nerviosa—Sus labios se entreabrieron y su cuerpo todo temblaba.

Al fin, por un movimiento rápido, ella agitó unas láminas de acero bruñido que produjeron un vibrante sonido y á la vez gritó:

—«Ausilio! ausilio! . . . Retírate sacrilego! infame! maldito! Venid á mí, Faanach! Kroúm, Ewa, Micipra, Schavúl!»

En este momento, apareció en una ventanilla la cara azorada de Spendius y gritó:

—«Huye ó vas á ser cogido!»

Ya era tarde; un ruido tumultuoso se percibía y la habitacion fué invadida por una muchedumbre de mugeres, sirvientes, esclavos—armados con chuzas, rompe-cabezas, dardos y puñales—Toda esa gente, quedó como paralizada de indignacion al ver allí á un hombre.

Mátho se mantenía tras de la balaustada y con su elevada estatura cubierta por el zaimph, parecía un Dios sidereo, rodeado del firmamento—Los esclavos iban á precipitarse sobre él, pero Salambó los detuvo diciéndoles:

—«No lo toqueis! está cubierto con el manto de la Diosa.

Luego despues, se adelantó hacia él y en actitud inspirada, le fulminó estas palabras:

—«La maldicion de los Dioses caiga sobre tí que has robado á Faut! Odio, venganza, execracion y anatema! . . . Que Gurzil, Dios de las batallas, te despedace! que Mastiman Dios de los muertos, te sofoque! y que—el otro—ese á quien no es preciso nombrar, te quemé á fuego en lento! . . . vete de aquí, execrable sacrilego!

Mátho lanzó un rugido, cual pudiera un león herido, é inclinando la cabeza en ademán consternado, pasó lentamente por entre los sirvientes que le abrieron calle—en la puerta, se detuvo un momento, porque la franja del zaimph se habia enganchado en una de las estrellas de oro que adornaban el piso y de un tiron violento lo arrancó y bajó precipitadamente las escaleras.

Spendius ya habia huido y saltando de piso en piso, por sobre los cercados y regatas, llegó al pié del faro—La muralla en este sitio estaba desierta, porque la barranca de la costa era inaccesible—Spendius se

adelantó hasta la orilla—se acostó de espaldas y con las piernas estiradas, se dejó deslizar en aquella terrible pendiente—una vez abajo, se lanzó al mar y á nado, llegó al promontorio de los sepuleros—dió un gran rodeo por la laguna salada y entró de noche en el campo de los bárbaros.

El sol estaba ya alto, cuando Mátho descendía por los caminos, lanzando á uno y otro lado tan terribles miradas, como las de un león acosado por cazadores.

Un rumor indefinido hería su oído, que parecía correr del palacio hasta el Acrópolis—Era causado por el pueblo, cuyos grupos susurraban que se habia robado el tesoro de la República en el templo de Moloch y que un sacerdote habia sido asesinado—En otros puntos se decía, que los Bárbaros habian penetrado en la ciudad.

Mátho, que no sabia como salir de las trincheras, marchaba recto á su frente—cuando se fijaron en él, un inmenso clamoreo se alzó—Todos, creyeron haber comprendido y consternados al principio, fueron encolerizándose por grados.

Del fondo de los Mappales—de las alturas del Acrópolis—de las Catacumbas—de las orillas del lago, la multitud corría hacia el punto de atraccion, formado por el gigantesco Lidyo—Los patricios saliendo de sus palacios—los vendedores de sus tiendas y las mujeres abandonaban á sus hijos—Todos se armaban con espadas, achas, garrotes y cuanto les venía á la mano, pero se encontraron con el mismo obstáculo, respetado por Salambó y retrocedían á su aspecto—Como recobrar el velo, cuando su sola vista, se reputaba por un crimen? Participaba de la naturaleza de los Dioses y su contacto, fulminaba como el rayo?

Sobre el peristilo de los templos, los sacerdotes se maceraban los brazos. Los guardias de la Legion, galopaban al azar, sin saber que hacer—El populacho se encaramaba por todas partes—Mátho avanzaba siempre y aunque á cada paso que daba, la rabia de los Cartagineses aumentaba, nada tenia que temer de ella, pues el terror lo protegía—A su aproximacion, las calles quedaban desiertas, pero en la situacion peligrosa en que se encontraba, solo preocupan el ánimo del coloso, las imprecaciones de Salambó.

Por intervalos, alguna flecha silvaba á su oído—despues, otra y algunas piedras se estrellaban á su inmediacion, pero ningun proyectil le alcanzaba, porque los que tiraban, temían tocar el zaimph, que le abroquelaba mejor, que pudiera hacerlo el escudo invulnerable de Minerva—Por todas partes encontraba Mátho las calles parapetadas y tenia que volver sobre sus pasos—Al fin, entró en la plaza de Khamon, donde los Baleares fueron asesinados por el pueblo Cartagines—Mátho se detuvo, palideciendo apesar de su valor—Conocía que se hallaba completamente extraviado—la multitud aplaudía.

Se acercó á la gran puerta que estaba cerrada y pretendió forzarla—El pueblo vociferaba de alegria, viendo la impotencia de sus esfuerzos—entonces, ciego de furor, se sacó la sandalia, escupió en ella y cacheteó á la puerta—La ciudad entera rugió de indignacion—el velo fué olvidado y Mátho iba á sucumbir—En este momento supremo se fijó en la cadena que servía para alzar

la palanca de la puerta y con un sobrehumano esfuerzo consiguió hacerla maniobrar. La puerta se entreabrió y él se precipitó al campo, soltando al viento el velo y sosteniéndolo con las manos sobre su cabeza—La vela, estendida por el viento del mar, resplandecía al sol, con sus colores, sus pedrerías y las figuras de sus Dioses—Mátho, llevándolo así, atravesó toda la llanura, hasta las trincheras del campamento del ejército y el pueblo Cartagines desde sus murallas, veía perdido el paladío de su libertad y poderío.

(Continuará)

De la libertad económica.

En la vía de libertad y de progreso que la humanidad traza desde algunos años, el concurso de la Economía Política, es poderoso.

Ella está encargada de iluminar la conciencia del pueblo, sobre sus verdaderos intereses y de deslindar bien los poderes del gobierno con respecto á las libertades económicas.

De hacer comprender, que el esfuerzo individual es el que dá un verdadero impulso á la riqueza y que es la completa libertad de industria, la que hace verdaderamente grande ese esfuerzo individual.

Sin temor de establecer una paradoja, podemos decir que la vida industrial de un pueblo, el movimiento comercial de una nación, están en relación de las libertades económicas de que goza.

Porque nada importan que los capitales que posea sean inmensos, si esos capitales permanecen improductivos; y si debidos á los privilegios y al monopolio que se ejerce, por una pequeña facción, las fuentes de la riqueza están cerradas para la masa del pueblo.

Indudablemente no habremos dicho nada nuevo, si decimos que la República Oriental, es mas rica que la Inglaterra, á pesar de que el monto de nuestro comercio, llega apenas á la milésima parte del comercio inglés.

Pero es que es mas rico el pueblo que llena mejor sus necesidades, y en Inglaterra donde los capitales están muy poco repartidos, la masa del pueblo se siente morir de hambre, en tanto que los lores y la clase privilegiada goza de inmensos réditos, é indudablemente esta poca subdivisión de la riqueza, y esa pobreza excesiva del pueblo, son un resultado natural, del monopolio ejercido durante generaciones enteras, por la clase privilegiada.

La libertad de industria, hace que la riqueza vaya á prestar vida á todos los miembros del cuerpo social, encontrando todos en el movimiento continuo de los capitales, debido al régimen de la competencia una justa compensación y los elementos del progreso.

Así vemos que aquellos pueblos en que mas se ha seguido el régimen liberal, son los que mas rápidamente han progresado, y de los que la repartición de la riqueza y el movimiento incesante de los capitales han alejado el proletariado y la miseria.

En los Estados Unidos tenemos una prueba incontestable de este fenómeno económico; y la Inglaterra misma, á pesar de que es la nación que cuenta con mayor número

de proletarios, evidencia cada día mas, que es la libertad la que presta vida á los pueblos.

Porque, esa gangrena que la carcome, el proletariado, es como lo hemos dicho, el resultado del monopolio, ejercido por una fracción de las generaciones; y hoy, la Inglaterra, se ve obligada, á curarse de esa herida que le han abierto los monopolios, así es que, cada nueva libertad que concede llama, á la vida digámoslo así, á una parte de esos proletarios que habia permanecido muerto hasta entonces.

Compárese efectivamente, el número relativo de proletarios, que hay hoy, con el que habia en Inglaterra, hace 2 ó 3 años, y se verá que la disminución relativa es inmensa, y que ha estado siempre en relación con las libertades concedidas.

Así pues, consideramos la libertad económica, como cuestión de conveniencia, no como cuestión de derecho.

Y no se crea por esto que estamos en el orden de ideas de los que dicen que nuestro siglo es material, y de los que creen que la civilización moderna abandona los vastos horizontes del alma, por las mezquinas perspectivas de la vida temporal. Muy lejos de eso.

Pero es que creemos que la moralidad y la inteligencia de los pueblos, está en relación de la riqueza y de las comodidades de que gozan.

Allí donde el hombre se vé obligado á estar continuamente doblado bajo el trabajo para comprar el diario alimento de su cuerpo, la inteligencia se empequeñece, la moral se prostituye.

Es en los pueblos donde la actividad ha dado la comodidad y el bienestar, donde verdaderamente se ensanchan los horizontes y donde la inteligencia fortificada, por el estudio y por el amor al trabajo, que no se adquiere indudablemente cuando el trabajo es obligatorio, estiende sus alas para emprender un vuelo gigantesco.

Trabajar pues, por la riqueza de un pueblo, es trabajar por su moralidad y por su inteligencia.

Ademas, las libertades políticas y religiosas, son un corolario natural de las libertades económicas. ¿Cómo podrian hermanarse la industria libre, con el monopolio ejercido por la iglesia ó por la tiranía?

La armonía que encontraba Bastiat en todos los fenómenos económicos, se encuentra tambien en todas las libertades del hombre.

Es imposible la libertad política ó económica bajo la tiranía religiosa, ó vice-versa.

En cuanto á los resultados materiales que produce la libertad de industria, vamos á estar en apoyo de lo que hemos dicho, un ejemplo reciente que se ha producido entre nosotros.

Durante diez años, debido á las restricciones impuestas por la ley, las empresas bancarias han estado completamente monopolizadas.

Los pingües resultados obtenidos por los banqueros Montevideanos, debian inducir á los comerciantes, á fundar nuevos Bancos; sin embargo esto no sucedió. ¿Cuál era la razón que se oponía á ello? Las trabas interpuestas por la ley á las empresas de ese género; así es que vemos que hoy

que se han concedido algunas libertades á las empresas bancarias, los capitales van á emplearse en ese género de especulación.

Y nos parece que este es un ejemplo bastante claro. Durante diez años de privilegio, no se ha fundado un solo Banco; en dos meses de media libertad, se han fundado dos nuevos Bancos.

Y decimos media libertad, porque todavia el gobierno tiene mas ingerencia de la que debiera tener en los bancos.

Los comerciantes de cualquier género mas ó menos fuertes que los banqueros, pueden establecer su negocio, sin tener que someter las bases de su sociedad al gobierno, ni que estén bajo la inmediata vigilancia de un comisario; con las empresas bancarias no sucede lo mismo, sin embargo de que los Bancos no son mas que casas de negocio, como cualquier otras.

Vamos á tratar de probarlo.

Entre las casas de negocio de Montevideo, hay algunas que descuentan letras, otras que dán dinero á interés, otras que lo toman dando en cambio valesal portador, y otras en fin, que para facilitar su negocio dan vales á la vista, reembolsables, al ser presentados en la caja.

Es decir que hay casas que hacen algunos de los negocios que hacen los Bancos; de modo que un Banco, no es mas que la reunión en una casa, de cinco ó seis negocios que estaban antes repartidos en cinco ó seis casas distintas.

Para cada uno de estos negocios en particular, no se necesita autorización, lógicamente será necesario pedirla cuando estos negocios estén reunidos?

No se comprende que estos pretendan hacer de partes iguales, un todo distinto?

Se dice que es en la emisión, donde está la dificultad, y que es esta la que necesita autorización. Pero los billetes al portador emitidos por los Bancos, son iguales en el fondo y en la forma ó los vales á la vista emitidos por los comerciantes, y segun creemos, no es necesario pedir autorización para firmar vales á la vista.

Por otra parte, la garantía de honradez y de exactitud que se pretende dar á los Bancos, con la vijilancia ejercida por el gobierno, nos parece errónea.

Porque, además de que el crédito no se presta, y que la mas ó menos confianza que inspire el papel de un Banco, será debida al banquero y no al gobierno; la vijilancia ejercida por un comisario tan inteligente y tan honrado, como se quiera, nunca será tan grande ni tan precisa, como la que ejercería individualmente cada uno de los comerciantes, si los Bancos fueran libres.

Hoy, el comercio, en mucha parte al menos, reposa sobre la solidez de un banco, en la vijilancia ejercida por el comisario gubernativo, y si los bancos fueran libres, cada uno de los comerciantes, vigilaría por sí, para no ser estafado, y nos parece que ha de ser mejor, la vijilancia ejercida por 500 interesados, que la ejercida por un indiferente: aunque esos interesados no puedan disponer de los libros y el indiferente pueda hojearlos á su antojo.

Podemos pues, decir, que el gobierno tiene demasiada ingerencia en los Bancos, y al concluir este artículo, podemos decir con un autor cuyo nombre no recordamos, esta

profunda verdad que puede aplicarse á la economía como á todo:

«Los pueblos están demasiado gobernados.»

José Pedro Varela.

Discurso de Victor Hugo

EN LA TUMBA DE UNA JÓVEN.

En el *Courrier du Dimanche*, leemos lo siguiente:

Una triste ceremonia reunía el Jueves último, á una concurrencia dolorosamente conmovida en el Cementerio de los Independientes, en Guernesey. Se sepultaba á una jóven á quien la muerte habia venido á sorprender en medio de los goces de la familia y cuya hermana se habia casado algunos dias antes. Era una niña feliz, á quien uno de los hijos del gran poeta, Francisco Hugo, habia dedicado el volúmen catorce de su traduccion de *Shakespeare*; ella murió la vispera del dia en que este volúmen debia aparecer.

Como acabamos de decirlo, era numerosa la concurrencia á estos funerales; numerosa, simpática, fué con vivo enterrecimiento, con las lágrimas que hace correr la amistad, como escuchó las palabras de despedida pronunciadas al borde de esa tumba, prematuramente abierta por el ilustre desterrado de Guernesey, por el mismo Victor Hugo.

Hé aquí el discurso pronunciado por el poeta:

«En el transcurso de pocas semanas, nos hemos ocupado de ambas hermanas; hemos casado á la una y hé aquí que sepultamos á la otra. Este es el perpétuo vaivén de la vida. Inclinémonos, mis hermanos, ante el severo destino.

«El corazon no puede engañarse, la carne es un sueño, se disipa; si este desmayo fuera el fin del hombre, quitaria toda sancion á nuestra existencia; nosotros no nos contentamos con este humo que es la materia, necesitamos una certidumbre.

«Cualquiera que ama, sabe y siente que ninguno de los puntos de apoyo de los hombres está sobre la tierra.

«Amar, es vivir mas allá de la vida. Sin esta fé, ningun don profundo del corazon seria posible amar, y el fin del hombre, seria su suplicio.

«Ese paraíso seria el infierno.

«No! digámoslo en alta voz, la criatura amante exige la criatura inmortal. El corazon tiene necesidad del alma.

«Hay un corazon en este atahud y ese corazon vive. En este momento, escucha mis palabras.

«Emily de Putron era el grato orgullo de una respetable y patriarcal familia. Sus amigos y sus deudos tenian por encanto su gracia y por fiesta su sonrisa.

«Era como una flor de alegría nacida en la casa. Desde la cuna, la circundaban todas las ternuras, habia crecido feliz, y, recibiendo la felicidad, la comunicaba; amaba, amaba. Acaba de marcharse.

«¿Adonde se ha ido? ¿A la sombra? No.

«Somos nosotros los que estamos á la sombra. Ella está en la aurora

«Ella está en la irradiacion, en la verdad, en la recompensa, en la realidad.

«Esas jóvenes muertas que no han hecho ningun mal en la vida, son las bienvenidas

de la tumba y su cabeza se eleva dulcemente fuera de la fosa, en busca de una misteriosa corona.

«Emily de Putron ha ido á buscar en las alturas, la serenidad suprema, complemento de las ecsistencias inocentes.

«Ella se ha ido: juventud, hácia la eternidad; belleza, hácia el ideal; esperanza, hácia la certidumbre; amor, hácia el infinito; perla hácia el Océano; espíritu hácia Dios.

«Vé, alma!

«El prodijio de esta gran partida celeste que se llama la muerte, consiste en que los que parten no se alejan. Ellos están en un mundo de luz, pero asisten, como enterrecidos testigos, á nuestro mundo de tinieblas. Están en lo alto y muy cerca. Oh! quien quiera que seais, que hayais visto evaporarse en la tumba un ser querido, no os creais abandonado por él.

«Está siempre allí. Está á vuestro lado mas que nunca. La belleza de la muerte, es la presencia indecible de las almas amadas sonriendo á nuestros ojos bañados en lágrimas.

«El ser llorado ha desaparecido, pero no partido. Nosotros no divisamos ya su dulce rostro....

«Nos sentimos bajo sus alas.

Los muertos son los invisibles, pero no los ausentes....

«Bendigo al ser noble y bondadoso que está en la fosa. En el desierto, se encuentran oasis; en el destierro se encuentran almas. Emily de Putron, ha sido una de esas hechiceras almas. Vengo á pagarle la deuda del desierto consolado.

«La bendigo en la profundidad sombría. A nombre de las angustias sobre las cuales ella ha irradiado dulcemente: á nombre de las pruebas del destino, terminadas para ellas y continuadas para nosotros; á nombre de todo lo que obtiene hoy dia; á nombre de todo lo que ha amado, bendigo á esta muerta, la bendigo en su belleza, en su juventud, en su dulzura, en su vida y en su muerte, la bendigo en su alba túnica del sepulcro, en su casa, que deja desolada, en su ataúd, que su madre ha cubierto de flores y que Dios vá á tachonar de estrellas!»

El Capitan Speke.

(Concluye.)

Durante este tiempo, Speke hizo un viaje al norte y descubrió el lago Oukeleupo Nyanzan, al cual llamó naturalmente Victoria, nombre tan justamente venerado, que los ingleses prodigan en casi todos sus descubrimientos, y que se encuentra repetido mas de doscientas veces en las cinco partes del mundo.

Esta esplotacion tan dichosamente llevada á cabo, hizo presumir al capitan Speke que las fuentes del Nilo, debian hallarse en el lago Oukelere. Renunció, pues, por el momento á nuevas tentativas, y se reunió á Burton.

Ambos viajeros se embarcaron entonces y regresaron á su patria. A su vuelta estaban muy lejos de hallarse unidos por una amistad tan íntima como á su partida; cambiáronse entre ellos una serie de epigramas, de caricaturas y libelos que creyeron muy ingeniosos, pero que dieron por último re-

sultado, todo el desprecio del público hácia uno y otro.

Ese duelo ridículo, dilató durante algunos años sus mutuos proyectos de viaje.

Burton parte, en fin, para la América; Speke no teniendo ya competidor, empieza con mas energía que nunca su propósito de descubrir á toda costa el orijen del Nilo, y se hace acompañar de un jóven valeroso llamado el capitan Grant, con el cual desembarcó en Zanzibar en 1860.

Intérnase en el interior del Africa, á la cabeza de una turba de hombres muy poco conocedores de las costumbres y el carácter de su jefe, á quienes ellos tomaron por un antropófago; porque, preciso es confesarlo, si nosotros hacemos de los negros un retrato muy poco favorable, los negros á su vez tienen de nosotros la mas espantosa idea: la espression *canibal como un blanco*, pasa entre ellos como un proverbio. Por esta razon se comprenderá fácilmente que esta desfavorable idea produjo por sí sola mas de una desercion en la caravana: Speke y Grant, eran mirados en esta como antropófagos, y creíase que trataba de conducirlos al interior para devorarlos á su gusto.

Despues de algunas semanas, los dos ingleses pueden gozar por fin del hermoso punto de vista que les ofrece el lago Victoria; costean las orillas occidentales, penetran en el reino de Ouganda, que ellos han apellidado el jardin de Arica ecuatorial, y llegan á ser los huéspedes del extraño y sanguinario rei Mtesa.

Dos palabras sobre este grotesco potentado. Mtesa marcha casi desnudo y observa la etiqueta mucho mas que un emperador de la China. A fin de poder llegar hasta él, Speke se anunció como un príncipe de la estirpe mas calificada: mostróse orgulloso é insolente, y este medio produjo buen resultado. Desde entonces Mtesa abrió las puertas de su palacio, muy convencido de que se las habia con un príncipe extranjero.

Muy en breve se familiarizó el monarca hasta el extremo de llegar á ser gravoso á sus huéspedes, porque á cada instante era preciso darle, ó instrumentos de física, ó abalorios, ó sables, ó fusiles. Este buen rey, al mismo tiempo que honraba á sus huéspedes, los robaba como otro cualquier mortal.

Al efecto, un dia que S. M. quiso cojerlo en falta, y le invitó á matar cuatro vacas en menos de un minuto, pidió un revolver á Mtesa, y á los pocos segundos yacian las vacas por el suelo. «La última, sin embargo, dice Speke, á la cual tan solo habia herido del primer tiro, hizo ademán de arrojar sobre mí, y tuve que rematarla con la quinta bala del revólver; hecho *maravilloso* que me valió estrepitosos aplausos, y cuyo premio fué regalar los cuatro animales muertos á mijente. Púsose el rey en seguida á cargar con sus propias manos una carabina, y entregándosela á uno de sus pajes, le dijo *fuése á matar á un hombre*. Partió el jóven palaciego á cumplir aquella órden, y á poco rato oímos una detonacion, le vimos volver con el semblante tan risueño, como si hubiera cazado un ave de gran valor.

—¿Has hecho lo que te mandé? dijo el rey.

Y de la virgen en la faz mimosa
Palidecer se vió la pura rosa,
Cambiando en azucena
Los mimosos colores
Que no ostenta la reina de las flores
Cuando más brilla amena.

Ultimo grito que el pudor exala!
El ángel del amor te lleva en su ala
Celeste, perfumada
A la mansion divina
Pero de tu armonia immaculada
La vida del esposo se ilumina.

.....
De su encendido lábio el beso ardiente
Encantadora joven, en tu frente
El bando virginal quebrara ansioso;
Se abrió tu seno á su querer de fuego
Cediste temblorosa al dulce ruego,
Y eres suya por fin.... Mira tu gozo!

Y lloras tu de su placer al lado?
Lloras cuando duplicas su existencia?
Si, que de tu pudor él ha triunfado
Si, que ya eres mujer sin inocencia!

Virgen de ayer, á tu diadema de oro
Llevas acaso la nevada mano;
Y corre y corre tu encantado lloro
Que la joya inmortal buscas en vano.

Virgen de ayer, como la luz hermosa
Enjuga, enjuga el pudoroso llanto.....
El pimpollo de ayer es ahora rosa,
De un casto amor cedistes al encanto.

La religion, la sociedad bendice
El dulce triunfo del esposo amado.....
En la góndola estás, la vela se hizo
¡Próspero viage de tu esposo al lado!

Melchor Pacheco y Obes.

A un poeta.

Poete prends ta lyrel Aigle ouvre ta juene aile,
Etoile! Etoile, leve-toi.

(Victor Hugo.)

Amigo, de tu vida, la estrella se levanta
Mas pura, mas radiante, mas fúlgida que el sol,
Los ecos de tu lira, son ecos de los cielos;
Las chispas de tu mente, son chispas del amor!

Al asomar al mundo, soldado decidido,
Te alistas en las filas, del bien y del honor;
Llevando á los que viven, en lucha con el crimen,
La luz de la justicia, la luz de la razon.

Hermanos en creencias, te sigo en la pelea;
Te miro sosteniendo, la mecha del cañon
Te busco y donde quiera, que se alza algun tirano
Te encuentro fulminando, tu justa maldicion.

Te sigo, si, te sigo, cual siguen los planetas
La luz radiante y pura, del esplendente sol;
Te busco como busca, la luz la mariposa,
O como busca el alma, la preemial mansion.

Te sigo, ve adelante. Fulmina tu anatema
Disipa los nublados, que avanzan en monton;
Derrama la luz pura, que dá tu pensamiento;
Esparce el rico aroma, que dá tu corazon.

Poeta! Los acordes, que arrancas á tu lira
Le llevan á los buenos, consuelo en su dolor,
E imprimen en la frente, cobarde, de los malos
El sello indestructible, de la reprobacion.

Poeta; tu mirada, dirígela á los cielos:
Inspírate en la vasta, fecunda creacion;
Derrumba los altares, que insultan la justicia;
Eleva el vasto templo, de la eternal razon.

Formula las ideas que brotan en tu mente,
Reflejo de los cielos, reflejo del Señor;
Los cantos del poeta, son gotas de rocío,
Que el árbol fecundizan, purisimo, de amor.

Y de pequeñas fuentes, que brotan silenciosas
Se forman las oleadas, gigantes de la mar;
Y de perdidos cantos, que arrojan los poetas,
Se forma del progreso la inmensa claridad.

El infernal cadalso, que eleva el despotismo
Para acallar del pueblo, la poderosa voz,

Se tumba, si el poeta, que el entusiasmo inspira,
En vez de la metralla, le arroja una cancion.

Amigo, de tu vida, la estrella se levanta
Mas pura, mas radiante, mas fúlgida que el sol,
La aurora de un poeta, es nuncio de alegría,
Es nuncio de ventura, de libertad, de amor.

Amigo, no te arredre la grita miserable
Que en torno de tu génio los malos alzarán;
Las miasmas que se elevan, del fango de la tierra
No empañan de los astros la dulce claridad.

Si sientes que te faltan tus fuerzas en la lucha
Inspírate en la santa, cruzada de Jesus;
Tu lábaro levanta; levanta tu bandera
Y riégala con sangre, como él regó la cruz.

Y si ahora que asomamos, entramos á la vida
La misera existencia, camino junto á tí,
Mañana, cuando te alce, tu génio sobre todos,
Seré un soldado tuyo; te seguiré á la lid.

Y serviré á lo menos, para lavar tu herida,
Para secar tu sangre, si caes al batallar,
Y allí donde se encuentre, tendido tu cadáver,
Tambien mi débil cuerpo, tendido se hallará!

José Pedro Varela.

1865.

La Semana.

La costumbre es una segunda naturaleza,
dice no sé quién y nada mas cierto.

Esta reflexion se nos ocurre, al leer la
«Semana de Otsugua, publicada en el número anterior de la «Revista».

En ella, el cronista no ha podido olvidar-se de sus hábitos de *leon* y confundiéndonos, quizá con alguna niña, empieza por dirigirnos un requiebro.

Y á la verdad, sentimos que este requiebro haya sido por escrito, porque sinó, hubiéramos tenido ocasion de contestarle: «Favor que Vd. me hace, Otsugua», como hacen algunas de las niñas de nuestra sociedad cuando se les dirige un cumplimiento.

Y ahora que empleo esta palabra querrán ustedes decirme, ¿que es lo que se llama un cumplimiento?

Es una verdad? Entónces no hay razon de agradecerlo cuando se dice.

Es una mentira? Entónces porqué se llama galantes á los que dicen muchos cumplimientos: debia llamárseles mentirosos.

Pero, nos parece que ninguna de estas dos definiciones es exacta, porque los cumplimientos no son ni del todo cierto, ni del todo mentira.

Son como las mujeres á quienes se dirigen; tienen de todo un poco.

Bien mirados, los cumplimientos son los microscopios sociales; con ellos adquiere un volumen gigantesco, lo que solo es un punto.

Ellos son los que han hecho de las mujeres *ángeles*, querubines, *diosas*.

Y ellos los que autorizan, los espantosos remilgues de las feas.

Hemos pronunciado una palabra que nos produce un efecto mágico: las feas.

Asi es que abandonamos nuestra disertacion, para ceñirnos á la descripcion de la «Semana».

II.

El domingo tuvo lugar la última funcion de Paul Julien. El teatro estaba magnifico. Una escalera de bellezas, se formaba desde los palcos bajos á la cazuela.

Por mi parte, puedo asegurarles á ustedes, que si para subir al cielo me pusieran

una escalera de ese género, me quedaria alguno de los escalones antes de llegar á él.

Y en esto seria consecuente con mi teoria de que siempre es mejor lo conocido que lo por conocer.

Los ángeles y demas habitantes subalternos del paraiso, solo los conocemos por las descripciones que se nos hacen y si los poetas se permiten llamar ángeles, á las mujeres á pesar de que todos sabemos que no lo son, ¿que raro es que los sacerdotes nos hablen de la infinita belleza de los habitantes del cielo, si nosotros no conocemos á ninguno?

En cuanto á los desengaños que pueden sufrirse al poner en práctica el argumento de Santo Tomas, «ver y creer», recuérdese al gallego que al llegar al muelle de Buenos Aires, se encontró una onza de oro y le pegó un punta-pié; creyendo que en un pais tan rico, una onza no merecia la pena de bajarse á recojerla.

Dejamos pues, los celestes querubines del paraiso, por los terrestres ángeles de nuestra patria y vamos á pasear un momento la mirada, por la espléndida diadema de belleza que ceñia la magestuosa frente de Solis.»

Corona envidiable, aun para los republicanos, esa que en vez de diamantes tiene bellezas, y en vez del lujoso engaste del oro y del platino, tiene el engaste magnífico de la inocencia y de la gracia.

Ni podriamos ni queremos mencionar una por una á todas las hermosuras que allí se encontraban; porque mas de una vez les hemos tributado el incienso de nuestra admiracion y porque como ya lo hemos dicho, somos *ultra-unitarios* en la admiracion de la belleza.

Pero, como cronistas, astrónomos del cielo de la hermosura, no podemos menos de mencionar, á ese nuevo astro, que no hace mucho cruzó como un cometa por nuestro cielo, y que hoy desde las playas Argentinas, ha venido á ostentarse en el sistema planetario de nuestras bellezas, ofuscando quizá el fulgor de muchas estrellas.

Si quisiéramos podriamos señalaros mas de un pupila, en la que han quedado impresos, los negros cabellos, las delicadas mejillas y la indiferente mirada de esa virgen; pero los sueños y las esperanzas que pueda haber descubierto la mirada de lince del cronista, no deben encontrar cabida en la «Semana.»

Dejamos pues, que nuestros lectores los adivinen y abandonamos á Solis, para continuar en nuestra relacion.

De San Felipe, no podemos hablaros; no estuvimos en él; y los datos que hemos recogido, los debemos á uno de esos satélites perpetuos, que no alcanzan á distinguir mas luz que la del astro, á quien siguen.

A nuestras preguntas, sobre la concurrencia y la funcion, solo nos contestó: estaba *ella*; no vi mas que á *ella*!

Casi es de un *ente* esta contestacion.

Lo que nos prueba que enamorarse es olvidar toda nocion de uno mismo; es convertirse en *ente*.

Puede decirse de los enamorados, lo que dice un autor que no recordamos de Monsieur Roland:

«Son un cero, cuya cifra es la muger á quien aman.»

Lástima que no tengamos cifra.

—Si, señor, contestó el aprendiz de verdugo.

Este rasgo de costumbres, puede dar una idea exacta y acabada de la crueldad de los habitantes de Ouganda.

Abandonemos, pues, á Mtesa y á sus súbditos, y sigamos á Speke en una escursion muy importante que hizo al Norte del lago Victoria; esta escursion dió por resultado el descubrimiento de un caudaloso rio, que tiene su nacimiento en el lago, y que, segun todas las probabilidades, es uno de los brazos principales del Nilo. Los viajeros han descrito prolijamente la impresion que experimentaron á la vista de esta gran arteria, buscada desde hace tanto tiempo, verdadero Protéo que parece huir ante las investigaciones.

Los dos ingleses se acordaron entonces de la Francia, y llamaron á este cauce *Canal Napoleon*. Así es como este nombre se encuentra repetido dos veces en el Nilo: en la embocadura, por el de Napoleon I, y en sus fuentes, por el de Napoleon III.

Las aguas del lago Victoria, corren hácia el N. O. atraviesan una cadena de peñascos de granito, y forman una catarata de muy buen aspecto, que Speke bautizó con el nombre de *Caida de Ripou*, en honor del presidente de la sociedad jeográfica de Lóndres. Desde este sitio se ensancha el rio, se estiende hácia el Ounyoró y se inclina bruscamente hácia el oeste. Aquí fué donde los viajeros tuvieron la infeliz idea de abandonarlo, en vez de costear sus orillas, y se dirijieron hácia el norte, atravesando las tierras de Kiddi y Madi. Aseguran, sin embargo, haber vuelto á encontrar la misma corriente á cuarenta leguas de allí. Como ya Speke y su compañero se encontraban en pais conocido, siguieron el itinerario que Pency y Bono habian ya seguido y llegaron á Khartom, á principio de 1863.

Hé aquí, pues, la obra del eminente viajero, cuya pérdida se deplora en los momentos presentes.

No faltarán jentes que digan: «¿Qué ventajas puede sacar la humanidad, del descubrimiento de las fuentes del Nilo?» «Esto será un gran descubrimiento científico, añadirán; pero de todo punto inútil.»

Vamos, pues, á convencerlos de la utilidad y ventajas de semejantes viajes.

Hasta el presente, el Africa está muerta para el resto del mundo: allí la civilizacion ha pasado por las costas, pero nunca ha podido penetrar en el interior del pais; fuerza es que algun día lo haga, y este es precisamente el objeto que se alcanzará conociendo de una manera positiva las fuentes del Nilo. Si la inmensa arteria tiene su principio, como puede admitirse sin dificultad, en el lago Victoria, el nudo vital del Africa está descubierto, y en su consecuencia, será natural que se establezcan relaciones entre el Egipto y el centro del continente; que se tracen caminos entre el lago Victoria y Zanzibar, y que todo se anime y transforme.

Viajeros que, como Livingstone, Speke y Grant, han espuesto su vida explorando el Africa, merecen bien de la humanidad.

Las tres Marias.

Así sus ayes lastimosos hienden
De siglo á siglo.....

Quintana.

¿Ves en lo alto del cielo vida mia,
Cuando viene la noche, tres estrellas,
Llamadas por el pueblo las Marias
Y que juntas nos dan sus luces bellas?

Como éllas ahí están escritas, mira,
En el pecho con igneos caracteres
Tres palabras... el labio las suspira,
Y definen mis penas y placeres.

Trinidad deliciosa que resume
La religion del alma; vive en ella
El corazon cuya ternura asume
Para exalarla en inmortal querella.

Tu las conoces mi adorada hermosa
Como el árbol conoce su hoja y rama:
Son la tiniebla de tu luz preciosa
Cifran mi vida y porvenir—yo te amo.

Que no te ofendan, mi adorada bella
Cuando á tus plantas las arroja el alma
Incontrastable ley las puso en ella,
Como en tu frente la celeste palma.

Los siglos y los siglos han pasado
Mirando á las Marias cual las miras;
Las penas y las penas se han cambiado
Oyendo esas palabras que tu inspiras.

No lucirán cual lucen las Marias
Cuando desquicia al Orbe su eterno amo
Ni cortada la trama de mis días
El labio y corazon, diran—yo te amo!

Pero si es cierto, que la vida muere
Y el alma queda en una eterna vida,
Mis tres palabras, no la tumba espere
Mirar bajo sus velos escondidos....

Eternidad... eternidad: si llamo
Alguna vez á tu dintel divino,
Será diciendo con fervor—yo la ámo
¿No nos viene de Dios nuestro destino?

Melohor Pacheco y Obes.

Bahía del Janeiro en la noche.

La Pasionaria.

Hay una flor sencilla
Que crece oculta entre las verdes hojas
Del áspero ramage,
Y á quien solo acarician
Las perfumadas brisas de los bosques
Y las cándidas gotas de rocío
De las mañanas plácidas de estio.

Flor que levanta su corola al cielo
Y exala su perfume delicioso
Que va á perderse en el azul espacio;
Como se pierde en el hojoso bosque
El arrullo sentido
De la alondra que llama á su querido.

Flor que trae á la mente del viajero
Que en medio de los bosques la distingue,
La imagen bendecida,
Del que murió infamado en el Calvario
Por darles á los pobres el consuelo
De la esperanza y del amor al cielo.

Porque esa flor preciosa
Al entreabrir su delicado broche,
Y al ostentar sus pétalos suaves,
En cada uno de ellos,
Nos muestra un instrumento del suplicio
Del Santo Nazareno:
Y al alma del creyente, del que es bueno,
Al mirar la corola bendecida
De esa flor deliciosa,
Recuerda uno por uno,
Los horribles suplicios de aquella alma,
A quien batió incesante la tormenta
Y que hoy al lado del Señor se sienta.

En medio de la selva solitaria
La tímida, la agreste Pasionaria
Parece que dijera,
Al viajero que cruza apresurado
Temeroso de hallar alguna fiera:

« No temáis; porque el cielo irá contigo
« Si llevas en tu alma
« La imágen de Jesus, y si á ella unida
« Llevas la compasion por los que sufren
« Los pesares sin fin que hay en la vida »
Parece que esa flor, fuera un emblema
De santa caridad, y que en su broche
Al entreabrirse en la serena noche
Con el cándido beso de la brisa,
Recibiera del Dios de las alturas
La mision de decir á los que pasan:
« Que Dios recibe con cariño santo
« A los que llegan á pedirle abrigo,
« Si con ellos va un niño ó un mendigo. »

II

Sé tú como esa flor, Virgen divina!
Y que al menos un alma solitaria,
Pueda trocar tu nombre;.....
Por un nombre mas dulce, «Pasionaria.»
Jose Pedro Varela.

Junio 9 de 1865.

Felicidad.

La góndola está pronta, el mar sereno,
Lo mueve apenas perfumada brisa....
El viaje será dulce, será ameno
Entre amor, entre flores, entre risa....

Entrad esposos que el amor corona,
La góndola pisad, la vela se hize,
Al blando canto que la dicha entona
Y que el Señor en su bondad bendice.

El Esposo.

Angel mas puro que la luz del cielo,
Virgen mas bella que su sol hermoso,
¿Cuál genio de consuelo
Te colocó piadoso
Sobre mi senda que hermosea miro
Desde que amor en tu beldad aspiro?
Desde que esclavo tuyo soy dichoso?

¿Cuál genio de piedad, á mis amores
Abrió tu pecho rico de ternura,
Y coronó de flores
De amor y de dulzura
Una vida en que mandas soberana
Como el astro del fuego en la mañana
Como tú sin rival en la hermosura?

La Esposa.

Que el cielo me haga doblemente hermosa
Si en mi beldad tu dulce amor se mira,
Solo soy venturosa,
Cuando tu alma delira
En la pasion con que á la mia brindas,
¡Oh! cuánto es dulce parecer muy linda
Cuando de amor el corazon suspira,

El Esposo.

Donde tu lindo pié su planta posa
Yo quisiera imprimir el lábio ardiente;
Allí nace la rosa
Bésale humildemente
Y luego es del jardin la reina bella,
Que el polvo de tu pié cayendo en ella,
La vuelve seductora y esplendente.

Donde se agita tu graciosa veste
Ambiente puro y delicioso vaga:
Eres virgen celeste,
La indefinible maga
Que vió la mente en sus ensueños de oro;
El alma se abre á tu encantado lloro,
Tu hablar me hechiza y tu reir me embriaga.

La Esposa.

Escuchas esa suave melodia
Que del salon hasta nosotros llega?
Pues, mira, el alma mia
Mayor dulzura prueba
Al escuchar tu conmovido acento....
Serena está la noche, manso el viento,
Y todo nos es calma y armonia....

El Esposo.

Calma!... No, que á mi pecho abrasa el fuego
De la pasion á su cenit subida;
Ven á mis brazos luego
Mi dueña, mi querida!
Rómpase el velo virginal que goza
En ocultar tu seno. Ya mi esposa
Y no mi virgen te verá mi vida:

III.

Estas líneas las escribimos bajo la impresion de nuestros recuerdos en la mañana del lunes.

Entonces, no sabiamos siquiera que fuera á darse una tertulia en casa del Sr. Riveiro, ni por consiguiente pensábamos asistir á ella.

Pero las dos cosas han sucedido, la tertulia tuvo lugar y nosotros estuvimos.

Esta última parte no les importaria á ustedes indudablemente, sinó fuera porque es una garantia de que daremos una descripcion de esa agradable, *soirée*, como dicen los elegantes.

Pero nos encontramos con una dificultad ¿los suscriptores de la «Revista», son tambien suscritores al «Siglo»? Si asi sucede, solamente les repetiremos lo que ya hemos dicho en el «Siglo» del Juéves.

Pero, que importa? Un baile es una fuente inagotable para los cronistas.

Además, en el «Alcance al Folletin del Domingo» siguiendo á lo natural y á la rutina, solo hemos hablado de la amabilidad de los dueños de casa, de la gracia y de la de las niñas, de la magnificencia de la fiesta; pero no hemos dicho nada de los episodios particulares que pudimos recoger allí. Y porqué no los mencionariamos en la «Semana»?

Porque no llamariamos la atencion de nuestras lectoras sobre ese elegante jóven, de negra cabellera, que en medio de los rápidos giros de una polka, y acompañado de una mirada fúnebre como un ciprés, desliza al oido de su compañera estas palabras llenas de desesperacion y de ternura: «Usted me martiriza!»

A ese *martiriza*, deberiamos agregarle veinte y cinco admiraciones, para que se pudiera formar una idea del modo con que fué pronunciado pero nuestras lectoras se lo figurarán.

¿No recordáis el exajerado romanticismo de Victor Hugo, al escuchar á ese jóven de rubia cabellera y de rosadas mejillas, cuando dirige estas palabras á su preciosa compañera: «En su corazon hay mas nieve que la que hay en la cresta de los Andes? Por nuestra parte, solo se nos ocurrió esta reflexion: en verano, debe ser muy feliz esa niña; no le faltará frescura.

Y ahora que decimos frescura, no debia faltarle tan poco á aquel apuesto doncel, como decia Gravroche, que despues de encontrarse media hora al lado de una niña, le decia con tono meliflúo: «Pero que variable está el tiempo!» como si un baile fuera para hacer observaciones atmosféricas, y como si entre los embriagantes giros de un vals, ó entre la voluptuosa cadencia de una danza habanera, pudiera hablarse de otra cosa que de amor y de sentimiento.

Efectivamente, un baile es un laboratorio de ternura.

Los sonidos del piano que nos señalan el momento de empezar una polka, parece que fueran el tambor de alarma que convoca á las ilusiones y á las esperanzas, para irse á batir contra la indiferencia que pueda haberse atrincherado en el corazon de una niña.

O empleando una figura mas de actualidad. Un baile es un decreto, mandando sortear los corazones que alli se encuentran;

y una polka, es la voz de mando, que nos dice que veamos si nos sacamos blanca ó negra, y si debemos marchar á campaña ó permanecer retirados en nuestras casas

Los que estando enamorados encuentran una mujer que los quiera, son soldados que están siempre en campaña. El amor es una batalla perpétua.

Hay algunos, que se figuran que esa batalla termina con el matrimonio; pero esto es un error.

El casamiento convierte á los hombres, de sitiadores en defensores.

Los maridos son la guarnicion de una plaza que siempre está sitiada.

«El hombre que no es amado, dice Victor Hugo, se cierne como un cuervo, sobre las amadas de los otros» y nada mas cierto.

Ha desaparecido podrian decir nuestras lectoras, con respecto á nuestro punto de partida, al leer esta digresion: como decia Monsieur Lelong en la noche del Mártes, al notar la falta de un plato, en el que se encontraba una presa de pavo, y que como una inocente diversion, le habia sido sustraído por un jóven de rubia barba y de profunda gravedad.

Pero es que siempre que tomamos la pluma para escribir alguna cosa, nuestro corazon nos golpea al pecho para decirnos, que no nos olvidemos de él.

Y si Espronceda ha dicho con tono sentencioso:

Que duro corazon no vuelve blando
La voz de una mujer que está llorando?

Nosotros podemos decir parodiándolo:

Quien se olvida de que siente
Cuando tiene corazon?

IV.

El resto de la semana ha sido estéril, al menos en acontecimientos sociales.

Porque, sin embargo de que las misas del Juéves estuvieron magníficas, y de que esa misma noche hubo funcion en los dos teatros, no podriamos hablar de las primeras, sin repetir lo que ya hemos dicho anteriormente, ni de la concurrencia de las segundas, porque para hacerlo, tendriamos que parodiar la descripcion que se nos hace de los desiertos del Africa.

Ademas, esto último debe por razones particulares, ser de pertenencia esclusiva de los Señores Gravroche y Compañia, y á nosotros no nos gusta usurpar nada á nadie.

Asi pues, nos batimos en retirada, y diciendo á ustedes «Hasta el Domingo», agregamos un punto y un

Quasimodo.

La pluma.

Un tintero es un abismo.

No hay mas que asomar la mirada á la boca siempre abierta de ese pozo, para convencerse de que es imposible medir las profundidades de su oscuridad.

La tinta es negra por una razon verdaderamente triste: es el luto de las ideas.

Todos los niños lloran al nacer; los pensamientos no tienen lágrimas, y muestran su dolor vistiéndose de negro.

Por una contradiccion inexplicable, el hombre se vale de la tinta para esparcir por la tierra la claridad de sus ideas.

Esto es lo mismo, que si el sol esparciera

por el mundo la luz del dia, valiéndose para ello de la oscuridad de la noche.

Para mí, el tintero es la representacion de nuestra propia inteligencia: es oscuro como el fondo de nuestros pensamientos.

Siempre que escribo, se me pone delante de los ojos, como un enigma dentro del cual se encierra todo lo que yo quiero decir.

Me parece que es mi entendimiento que está sobre la mesa.

El que habla, piensa con la lengua; el que escribe, piensa con el tintero.

Observad que nos dejamos en el tintero todo lo que se nos olvida.

¿Qué es un tintero? pensadlo bien.

Para mí es una especie de mar negro, en el cual el hombre pesca sus propias ideas.

La pluma es la hija del tintero.

Su oficio es tejer todos esos cabos sueltos, que forman en el diccionario el hilo misterioso de la lengua.

La pluma puede ser un arma terrible.

Hé aqui lo que sobre el particular me confia la que tengo en la mano.

Por grande que sea el desprecio con que un hombre mira su vida, siempre se detiene al ver delante de su pecho el cañon de una pistola.

La sociedad es mucho mas valiente.

Todos los dias se arroja tranquila y serena contra esa multitud de proyectiles, que continuamente lanzan al aire los cañones inagotables de nuestras plumas.

Con una pistola, se puede muy fácilmente matar á un hombre: con una pluma, se puede aun mas fácilmente matar un alma.

La pluma es una arma de precision, cuyos tiros van á herir el corazon ó la cabeza.

Unas veces muere de improviso como las vívoras; otras veces lame suavemente como vampiros.

Madrid amaneca un dia agitado por la noticia de un terrible suceso.

La historia del acontecimiento puede ser cualquiera de estas tres.

Es indiferente que sea un libertino, que soborna á los criados de la casa, y penetra en ella, dejando al salir la marca de la deshonra en la frente de una familia.

Tambien puede ser un hombre que se introduce en otra casa, merced á la virtud de una llave maestra, y con admirable habilidad deja en la calle á una madre y á unos cuantos hijos, á los que indudablemente desde ese momento les queda el derecho de pedir limosna.

De la misma manera, puede ser una sombra oculta detrás de una esquina, que levantando repentinamente el brazo, arroja al espanto de los transeuntes, á la agitacion del barrio, á las investigaciones de la justicia y al honor de todos, el espectáculo mudo y frio de un cadáver.

Es indiferente que sea una violacion, un robo ó un asesinato.

Cada uno de estos tres casos, nos dá en la cara sucesivamente con estas tres cosas un puñado de oro, una llave maestra y un puñal.

Madrid se halla profundamente conmovido, sinceramente indignado.

Cada familia ve su honra al arbitrio de unas cuantas monedas, cada vecino vé su fortuna amenazada por el gancho retorcido

de una *ganzúa*, cada uno ve su vida pendiente de la punta de un puñal.

La indignación pública se desahoga en estas tres proposiciones: el oro es un elemento de corrupción; la *ganzúa* es la herramienta de los ladrones; el puñal, es el arma de los asesinos.

La honra, la fortuna y la vida.

Estas son las tres cosas que necesitan de todo el amparo de las leyes, de toda la actividad de los tribunales, de toda la fuerza de la sociedad.

Yo no tengo para sobornar, ni una llave de esas que abren todas las puertas, ni un puñal para herir á un hombre.

Yo no tengo mas que una pluma. Es brillante como el oro, ágil como una llave maestra, aguda como un puñal; pero no es ninguna de esas tres cosas.

El libertino deshonor, el ladrón roba, el asesino mata, y yo escribo.

Ellos tienen sus vicios, yo mis opiniones; ellos son unos criminales, yo soy un escritor, un poeta, un filósofo.

Yo fabrico la serpiente, y ella muere.

Madrid se estreme de indignación ante una familia deshonrada, ante una casa robada, ante el cadáver de un hombre asesinado, y clama contra el seductor, contra el ratero, contra el asesino.

Aquí hay un hombre que corrompe el corazón de las mujeres; que roba á la inocencia el tesoro de las virtudes; que mata el alma de la juventud.

La mayor parte de esos cadáveres que la prostitución pasea orgullosamente por los sitios mas públicos de Madrid, son sus víctimas.

Todos esos hijos que se mofan de la santa autoridad de sus padres, son la realidad de sus pensamientos.

Todos esos seres con que á cada paso tropezamos en la vida, frios como si fueran el sepulcro de una alma muerta, son sus obras.

Su pluma es como el relámpago; que brilla para cegar.

Sus pensamientos, tienen la frondosidad funesta de esos árboles, á cuya sombra dormirse es morir.

Este hombre no es un seductor, ni un ratero, ni un asesino; es un hombre de talento.

Se solicita su amistad, se admira su genio, se le abren todos los brazos y todas las casas, se le oye como á un oráculo, se le llena de oro y se le cubre de honores.

Si sedujera con el brillo de unas cuantas monedas, si robara con una *ganzúa*, si matara con un puñal, sería á los ojos de todos un seductor infame, un ratero despreciable, un cobarde asesino.

Pero todo eso puede hacerlo con la pluma, y en vez de ser corruptor, ratero ó asesino, es el honor de las letras, la gloria del arte, el orgullo de la inteligencia.

Todos le llamamos gran poeta, profundo filósofo, genio sublime.

La pluma es el arma mas terrible que ha podido ponerse en manos de los hombres.

Y para ver que la pluma es un arma terrible, no hay mas que observar que ya no hay pluma que no sea de acero.

Yo no sé qué es mas temible, si un escribano ó un escritor.

Versos.

Publicamos con gusto, la siguiente bellísima composición que teníamos hace tiempo en nuestro poder, y cuyo autor ignoramos absolutamente.

Estamos seguros que nuestros lectores encontrarán al leerla, un rato de verdadero solaz y que nos agradecerán el que la hayamos dado á la prensa.

La pureza y la precisión de las ideas y la facilidad de la expresión, la colocan indudablemente, en el número de las mejores composiciones poéticas que conocemos.

Después de esto, solo nos resta agregar que, si entre nuestros lectores hay alguno que se considere con derecho á ella, nos haremos un verdadero placer en hacerlo conocer del público.

EXAMEN DE CONCIENCIA.

Verdad ¿en donde estás? Porque mi mente
Cuando quiere encontrarte, inquieta vaga
Sin saber donde ir? Porque esta llama,
Este don celestial del pensamiento
Que desde el mismo fango nos eleva,
A la idea de Dios, porque no alcanza,
A descifrar el laberinto oscuro
Cuyas sendas cruzamos,
Olvidando el lugar de que partimos
Y sin saber el punto á donde vamos?

Llevados de una audacia, imponderable
Y anhelando saber, nos entrañamos
Al seno de la tierra, y sus misterios
Dejan de serlo á nuestros claros ojos;
Trabaja la razón y aun á los astros
Que á inmensa altura su fulgor ostentan
El hombre los midió. Buscó sus leyes
Y á fuerza de labor y de constancia
Ese pobre montón de barro impuro
Llegó á romper la sombra del pasado
Y á disipar las nubes del futuro.

Hé ahí el hombre! El pensamiento lleva
Confiado por do quier. Baja hasta el fondo
Del agitado mar; sube hasta el cielo
Estudia en el volcan; entra en la ruina
Tesoros á buscar y por do quiera
Que hubo sombra, vé luz; pero si osado
Por un instante penetrar anhela
En las densas tinieblas de si mismo,
La luz de su razón desmaya y muere,
Como muere la antorcha en el abismo.

¿Cuál es el móvil que nos guía? Dónde,
Fuera de aquella ley del vago instinto
De que el hombre y la bestia están dotados
Para regir la acción de la materia;
Donde el principio, inspirador oculto,
Que nuestro pobre corazón agita
Y con ciega violencia
Al odio ó al amor nos precipita?

Los varios sentimientos encontrados
Cuyo juguete somos,
Dónde nacen? dó van? Cuál el origen
De esa fuerza fatal, inexplicable
Que llamamos amor? Porque ciframos
El mas puro contento de la vida
En que responda al palpar del nuestro
El corazón de la mujer querida?

Será acaso, un buen móvil que nos lleva
A prestar el apoyo de la fuerza,
A la debilidad? No; que no siempre
Es el hombre el mas fuerte. Cuantas veces
Ese afecto tan sincero y profundo
Mezclado vá de admiración ardiente
Y de la misma insuficiencia nace
Que el hombre débil en su pecho siente.

Será, acaso el deseo,
De buscar un espíritu mas claro,
Y recibir su luz, cual la reciben
Del sol resplandeciente los planetas?
Pero si algun capricho de la suerte
El fuego de la mente arrebatara
Al ser á quien amamos
Dejáramos por eso de adorarle,
En el altar que nuestro pecho esconde?
Si entro en mi mismo á resolver mi duda
«Nunca» tranquilo, el corazón responde.

¿Nacerá esa pasión que nos embarga
De la sola impresión de los sentidos?
Ese amor, no es amor? Él nace y luego
Fatalmente concluye,
Por el mismo principio que lo engendra;
Como la flor fragante
Que á las aguas y al sol debe la vida
Y brota y crece y muere
Por los raudales de la abierta nube,
Por el ardor del rayo que la hiere.

Y si es inmaterial; si es solamente
Una genuina inspiración del alma
El verdadero amor; ¿Porqué sufrimos,
Cuando no vemos el objeto amado?
Cuando no oímos del riente labio
El acento suave,
Que en el árido pecho
Viene á caer como el maná celeste
Que al pueblo del Señor alimentaba,
Cuando en pos de la tierra prometida
El desierto estensísimo cruzaba?
Cuántas veces perdido
En el viaje sin rumbo de la mente,
He querido buscar hasta en el lodo
La explicación de lo que el pecho siente.

Bendito sea Dios, que ha permitido
Que no cayera en tan horrible prueba,
Y que por él guiado,
Triunfando de mi propia incertidumbre,
Para aclarar la noche de mi duda,
Fuera mas alto á procurar la lumbre!

Y si es cierto que amo,
Si no es un triste error esta creencia
De que siempre amaré, si la palabra
De la mujer que adoro,
Cada vez más cuanto mas tiempo pasa
Es pan del alma mía;
¿Cómo subsiste, fiera y sin mudanza
La voluntad de ahogar dentro del pecho,
El grito del deseo y la esperanza?

Idea del honor; fábula vana,
O sentencia sublime, voz del cielo
O quimera falaz, si es tu influencia
Quien combate á mi amor y en tanta lucha
A mi razón inspira;
¿Dónde está la verdad, en él ó en ella?
Eres error, ó mi pasión mentira?

Dos ideas contrarias
Despiertan el dominio de mi mente,
Y ambas á dos en continuada pugna,
Una me dice «marcha» otra «detente»

Inspirame Señor! Muéstrame el punto
Dó se levanta la eternal barrera,
Que al camino del bien, limite dando
Me indicará el del mal. Vuelve un momento
A este grano de polvo tú mirada;
Ella descienda á iluminar mi seno
Y de mi horrible vacilar testigo,
Cuando la buena inspiración me aliente
No me dejes, Señor; queda conmigo!

Las sombras.

á C. T.

En su album.

No ves en las tardes serenas de estío
Pintarse las nubes de perla y coral?
O en ondas de plata que rizan las auras
Del límpido cielo, la faz esmaltar?

No ves que en los lagos, espejos de nácar
Que rica esmeralda viniera á adornar,
El cielo vestido de hermosos colores
Con rostro sonriente se vá á contemplar?

Aguarda un instante, que envuelta entre sombras
Del astro del día la luz va á espirar,
Y entonces aquel cielo de nácar y grana
En fúnebre manto, veraslo trocar.

II

También en el alma, placeres de nácar
Risueños dibuja la luz del amor;
Mas vienen las sombras, de amargos pesares
Y en manto los truecan de negro dolor.

Miguel Herrera y Obes.

Republicana IV

LIBERTAD.

Emanacion divina, alma del mundo
Es la sublime y santa LIBERTAD,
Que á la faz de los siglos lucha altiva
Por redimir la esclava humanidad.

Su causa es la justicia y el derecho!
Que al hombre niega el despotismo hostil;
Su patria—el universo amenazado.
Y su bandera—el sol del porvenir.

Encarnada en el Cristo hijo del pueblo
Soportó los tormentos de la cruz,
Para saciar de sangre á los tiranos,
Y elevar sobre el crimen—la virtud.

Dios la inspira, la alienta, la sostiene,
Y le presta el poder del aquilon;
Y le cierra las puertas de la muerte.
Y la abrasa en el Etna de su amor.

El esclavo la busca en la victoria,
El prisionero en ilusion la vé;
Los pueblos la idolatran—los tiranos,
Es labonan cadenas á sus pies!

La razon, la conciencia, el pensamiento,
Cuando en las nieblas del abismo están,
A su influencia divina centellean,
Huye el error y triunfa la verdad.

Y la patria, el hogar y la familia,
La moral, la virtud, la religion;
Resucitan al bien y á la esperanza,
Que donde hay libertad—alli está Dios!

Ella á los hombres convirtió en titanes,
Ella á los pueblos enseñó á sufrir,
Ella á la vida coronó de bienes,
Ella á la muerte desarmó en la lid.

Grecia la vió en los campos de Platéea,
Roma tambien de Bruto en el puñal;
Y los mundos la vieron combatida,
Y los mundos triunfante la verán.

Que el sol del porvenir es su bandera,
Y al universo alumbrará ese sol;
Cuando en los cuatro vientos, la REPÚBLICA,
Prodigue al hombre bienestar y amor!

Laurindo Lapuente.

La Confederacion Sud-Americana.

Este es el tema que nuestra pobre pluma escoje en estos momentos de agitacion y borrasca para el Rio de la Plata—tema de paz y bonanza que levantamos sobre nuestros hombros—fragmento de cielo que dejamos ver por entre apiñadas nubes de tormenta—brisa suave, que se desliza sobre una tierra caldeada y qué viene á mezclarse con el furioso vendabal que empuja á nuestros hombres y á sus cosas por la pendiente de la guerra.

Mas de un incrédulo, mas de un discípulo de Hobbes, dibujará en sus lábios una sonrisa de ironia al vernos empeñados en la defensa de la idea de concordia, al vernos golpeando sobre una roca, que su frio escepticismo cree imposible destruir ó apartar del camino.

Poco importa ese semblante burlon, cuando la conviccion está arraigada en el alma y cuando nos alienta la fé del apóstol Pedro, para andar sobre las alborotadas olas del lago sin hundirnos—esa fé nos arranca del pecho el temor que arredra y el miedo que desarma.

Si la mayor parte de nuestros compatriotas, de nuestros amigos, corren al templo de Jano á descolgar el homicida instrumento; si los votos y las exclamaciones de la airada hueste hienden el aire como chispas de ardiente Etna, parecerá extraño que alguno

se acuerde de la abandonada Diosa de la Paz, para colocar en su altar piadosa ofrenda y evitar que se olvide su culto.

En presencia de la pira en que se queman los cadáveres de los que combatieron, es que vibran mas fuertemente el sentimiento de la vida y el amor á la paz.

Es al contemplar el vacio que dejan las víctimas, al ver correr las lágrimas que la desaparicion del compañero arranca del pecho amigo, al sentir el ruido de la fortuna que se derrumba, que el alma reconcentra su fuerza y vuela por los espacios serenos de un mundo sin guerra, sin lágrimas, sin trastornos sociales.

Asi tambien, es al eco del segundo graznido que lanza el cóndor de los Andes, eco que significa peligros y amenazas de guerra para las riberas del pacífico, que se ha vuelto á despertar en nuestra alma la vieja idea de una confederacion sud-americana.

Gran pensamiento debido á la iniciativa de ilustres americanos, que presintiendo los choques y caidas á que se veria espuesta la América del Sud fraccionada, lo produjeron y defendieron calorosamente como una medida salvadora y que abortó bajo el peso del egoismo, de nuestras guerras civiles y sobre todo, por las fátuas pretensiones de bastarnos aisladamente con nuestro poder y con nuestros recursos.

Con motivo de la cuestion peruana, alarmadas algunas Repúblicas Sud-Americanas, enviaron sus diplomáticos al teatro mismo de los sucesos y la España vió formarse en Lima un Congreso Americano, cuyos debates y cuya existencia significaban que los Estados alli representados hacian suya la ofensa y le salian al encuentro primero con sus hombres de pluma, para luego marchar con sus soldados y cañones.

El Rio de la Plata ha visto escenas grandiosas de entusiasmo y de inusitados bríos, cuando el Correo del Pacífico hizo conocer la infausta nueva de que la bandera de Fernando 7° flameaba en la tierra de los Incas—Viejos y jóvenes, ricos y pobres, antiguos enemigos, no tuvieron sino una sola idea, unirse para salvar al Perú.

Se vió al veterano de la independencia erguirse sobre los recuerdos de sus pasadas glorias y tautear el acero memorable—se vió al orador saltar sobre la tribuna y como otro Demóstenes lanzar su filípica—se vió al poeta templar su lira con el fuego de Tírteo y cantar la cruzada.

En fin, desde el Plata hasta el Orinoco, el sentimiento de independencia y republicanismó estalló en noble cólera.

Y si el conflicto no hubiese tenido el resultado inesperado que sorprendió á los amantes de la honra americana, si él hubiese rodado á los campos de batalla, se habrian repetido las escenas de Maipú y Chacabuco—el Andes habria bajado su encumbrado lomo para dejar pasar á los guerreros del Atlántico y el Amazonas habria reflejado en su corriente el estandarte colombiano, sostenido por el robusto brazo de un nuevo Bolívar.

Tal es nuestra conviccion y la de los verdaderos republicanos.

Prueba esto que las Repúblicas Sud-Americanas son solidarias unas de otras, que sus intereses son idénticos y que los principios que las sostienen y fomentan son los mismos.

Prueba esto, que las fronteras políticas de cada estado, no han roto el poderoso vínculo de union que enlaza á todos los Sud-Americanos desde la emancipacion de la corona de España: que la cadena, existe y que un sacudimiento á cualquiera de sus eslabones por una mano estraña, la conmueve á toda ella.

La confederacion, pues, existe en los hechos, está radicada en el corazon y en la cabeza de todo americano, y basta una palabra de alarma para que ella aparezca.

Pero importa formular esa liga de la naturaleza en un tratado solemne sobre la base de la independencia y de la forma republicana, para salvar al porvenir de complicaciones que con tanta facilidad promueve el cesarismo ambicioso de la Europa.

Hagamos del deber una obligacion, un compromiso juramentado para contener los avances ilegítimos del viejo mundo, para no reconocer las obras de la Europa armada y presentemos un poder colectivo positivo, que imponga respeto á la audacia de los Pizarros modernos.

En las aguas de la República de Chile se balancea la célebre escuadrilla cuyos tripulantes tomaron posesion de Chíncha y con los mismos cañones con que apuntó al Callao, se dispone hoy á tirar sobre Valparaiso por inventados agravios.

La ansiedad y agitacion que devoran á Chile y que se revelan en los artículos de su prensa, se estienden á toda la América del Sud—la misma nube que amenaza eclipsar el sol de la paz alli, arroja la sombra siniestra aquí—La expectativa es terrible, todos los corazones palpitan de emocion y se duerme creyendo despertar al estampido de la guerra en el Pacífico.

Chile es demasiado altivo para humillarse; para defender el honor de su bandera, no transijirá con nada que sea desdorado, si la España se decide por la violencia y quema sus bombas sobre las casas de Valparaiso, Chile pondrá en la brecha cuanto elemento tenga para resistir, pero será vencido y sacrificado si el esfuerzo Sud-Americano no lo auxilia en la desigual contienda—Derrotado Chile, se pierde el mejor campeón del ejército que debe velar por los destinos inmortales de la América que alumbró el Chimborazo.

Si cuando las murallas de Puebla se desplomaban bajo los fuegos de la artilleria francesa, los Americanos del Sud hubiesen coaligádose en perspectiva de futuras complicaciones exteriores, el Perú quizá no habria presenciado el deshonor de su bandera ni ardido en guerra fratricida—Chile marcharía por la senda de su prosperidad imperturbable y las demas repúblicas no estarían conmovidas por zozobra alguna.

La España insolente con la debilidad, habria temido á la fuerza, y en lugar de recurrir á la espada, habria buscado en la prudencia el medio para resolver sus cuestiones de reclamos.

Quien nos asegura que esa flotilla que está fondeada en frente de Valparaiso con mecha encendida, no se presente mañana en las aguas del Plata para pedir á Buenos Aires satisfaccion por los meetings que permitió, por las suscripciones que hizo para favorecer al Perú? Quien descubrirá el pensamiento de la Cancilleria española para decirnos—«no hay que temer»?

Las rentas de la península están agotadas, es cierto, pero son suficientes unos cuantos miles de reales que se encontrarán en los fondos de los bolsillos de la «Grandeza de España» para meternos pleito.

De todo lo dicho se infiere, que la América del Sur necesita confederarse para la defensa de su independencia, de la idea republicana y para conservar la paz contra ataques exteriores—nada obsta á realizarse el pensamiento porque los pueblos lo incuban y no titubearán para firmarlo.

La libertad política del continente Sud-Americano, ha brotado con la cooperación de todos sus hijos—Maipú vió al Chileno y al Argentino brindar después del triunfo—Ayacucho vió al Colombiano, al Peruano, al Argentino y al Boliviano, cantar juntos el himno de la victoria.

Hermanos y compañeros en las glorias del pasado, los Sud-Americanos están llamados á ligarse en una vasta confederación, para llevar adelante sus propósitos e ideas generosas.

Eliseo F. Outes.

Poesías del General Pacheco y Obes.

Publicamos en este número dos de las preciosas composiciones que forman la colección del General Pacheco y Obes.

¡Que ternura y delicadeza en cada una de esas estrofas!

Esa góndola coronada de flores, ese lago de plata ¡que imagen más fiel de la felicidad de dos amantes al realizarse sus amorosos sueños.

En *Las tres Marias* ¡qué bien explotada la creencia popular sobre esas inseparables estrellas de los cielos!

Leed, lectores, y grabad en la memoria esas dos poesías dignas del tierno laud de Adolfo Berro.

Máscaras.

Con permiso de la autoridad tendrá lugar, un gran baile de máscaras, hoy domingo á medio día en los diferentes cuarteles de guardia nacional.

Los Señores extranjeros y las señoras tendrán entrada gratis.

Los jóvenes del país, darán en cambio de la entrada que se les otorgue un poco del ridículo con que vayan cubiertos.

Este aviso lo damos gratis, porque somos amigos de proteger la industria nacional. Al mismo tiempo recomendamos al Sr. Gefe Político, que en ese día encierre sus celadores porque estarían espuestos á que cada gefe de guardia nacional, los reclamara como soldados suyos.

Es extraordinario el buen gusto de los empresarios de uniformes nacionales!

El Iris.

Según la «Reforma Pacífica» debe aparecer en Buenos Aires ese periódico literario, que anteriormente había publicado en Montevideo D. Agustín de Vedia.

No podemos menos de felicitarnos, al ver que la juventud Oriental, en medio de las agitaciones de nuestros disturbios políticos, conserva una tendencia delicada hacia las regiones tranquilas de la literatura.

Hacemos votos porque «El Iris», aparezca cuanto antes, aunque creemos que en más de una cuestión hemos de ser contrarios á las opiniones de sus redactores.

Una noche de luna en el Río Paraná.

I.

Sentado sobre cubierta, querida prima, cuando la luna adornaba las mansas aguas del Paraná con franjas de plata, y las estrellas con chispas de brillantes, y la brisa perfumada en esos bosques vírgenes del Chaco murmuraba una armonía celeste, tan celeste como las ilusiones de una virgen, y me recordabas los encantos de mi patria, de esa patria cuyo porvenir he creído ver tantas veces cubierto con los fúnebres crespones de la muerte, y que hoy se alza radiante sobre las ruinas de los caudillos, ¿recuerdas el fervor con que hablaba, y la alegría que encontraba en tus simpatías hacia ella?... ¡oh! en ese momento existía en el cielo de la felicidad, en el ensueño más bello de la vida, que ni el incesante y monótono ruido del vapor podía perturbar. Las aguas eran un inmenso espejo, donde traslucía el porvenir, y miraba á mi patria como el ceniciento cóndor de los Andes, elevarse sobre las cumbres del Chimborazo para dominar con su mirada esas naciones orgullosas del mundo.

II.

Pero la luna... la luna esa melancólica lámpara que se suspende en las bóvedas del cielo, y derrama su luz sobre el mundo, como una lluvia de perlas, ¿que mágico influjo ejerce sobre la creación? ¿Porqué la rosa del desierto abatida por los ardientes rayos del sol levanta su corola hacia ella, y se llena de verdor y lozania para recibir el llanto de la aurora? ¿Porqué la inocente tórtola posada en las ramas de los árboles levanta su cabeza, y le llora la ausencia de su amante con lastimeros quejidos? ¿Porqué el hombre agobiado de dolor y de amargura, desesperado quizá con su misma existencia, se reconcentra en sí mismo, y recibe en cada perla de su luz el consuelo á sus aflicciones, un ensueño siquiera de felicidad? ¿Es acaso un sér, un ángel misterioso puesto por la mano de Dios para mitigar los quejidos desgarradores del universo, ó es una ficción de alegría forjada en medio del delirio?—No lo sé: la inteligencia se ofusca al querer desgarrar el velo del misterio, y solo conoce que esa luz melancólica es el secreto que calma sus dolores, es la mágica vara de Moisés que convierte en placer el llanto continuo de la humanidad doliente, el lamento de la creación.

III.

¿Y cuántas veces reconcentrada en tus pensamientos de amor, no habrás dirigido la vista á la luna buscando una amiga en tu soledad, y enviando un tierno suspiro, tan tierno como el lamento del ruisenor, para que la brisa llevándolo en sus alas lo identifique con ella? ¿Cuántas veces no habrás visto en sus plateados destellos una imagen, y en esa imagen el consuelo, y en ese con-

suelo la felicidad? ¿Creíste acaso alcanzar algo?... Solo el lenguaje misterioso del corazón puede decirlo, solo ese palpitante violento, esa lucha gigante entre la inteligencia que se eleva á los jardines del paraíso, y los sentidos que se detienen en los áridos peñascos del universo; solo el que ha llorado, el que ha sufrido siquiera una vez en la vida viendo disiparse sus ilusiones en el caos horrible de las negras tempestades, el que ha maldecido alguna vez, y al maldecir se ha encontrado frente á frente con la luz de esa lumbrera eterna de la felicidad....

IV.

Yo aun joven, embriagado de ilusiones, sintiendo más que pensando, viendo en el espejo de mi alma reflejada la imagen del mundo, no como es, sino como yo lo imaginaba, quise realizar mis ensueños de niño con todo el fervor de los primeros años, y después de haber dado el primer paso del Edem en que vivía, vi transformarse el mundo, acallarse el sentimiento candoroso de las ilusiones, para dar paso á la vida del pensamiento, para pensar más que sentir, único medio de vivir en el mundo llenando el destino señalado en los arcanos del Eterno—Y entonces ¿cuántas veces sumergido en mi tortura, no he acallado en algo mi dolor recibiendo la plateada luz de esa reina de la noche? Pero... ¿que puede darte mi experiencia que tu no lo hayas pasado? Vivir es sufrir, y el que no ha sufrido jamás tampoco ha vivido.

V.

Sin embargo vuelve la luna, y las estrellas y las aguas, y los bosques vírgenes del Chaco, á disipar mis vagas disertaciones para penetrar en sus misterios, y adormecernos en melancólicos ensueños, tan melancólicos como el quejido de los árboles al ser azotados por el huracán. El corazón palpita enamorado, pero es el amor de lo bello, el amor de Dios en cada una de sus creaciones. Y entre ese ensueño y ese palpitante del corazón se levanta, Clarita, tu felicidad, como una nueva estrella desprendida del eterno para adornar tu frente, como esa misma noche vimos levantarse la luna del oriente, para quebrar sus rayos en las hebras de tu negra cabellera.

R. M. Alcora.

Sumario

Inocente y mártir, drama social (continuación)—*A Pio IX, Papa*, por Giuseppe Mazzini—*Estudios sobre los caracteres morales del hombre*, por M. L. A. (continuación)—*Salambó*, de Gustavo Flaubert, traducida por Agustín de Vedia (continuación)—*De la libertad económica*, por José Pedro Varela—*Discurso sobre la tumba de un joven*, por Víctor Hugo—*El capitán Speke*, por (conclusión)—*Las Tres Marias*, poesía de Melchor Pacheco y Obes—*La Pasionaria*, poesía de José Pedro Varela—*Felicidad*, poesía de Melchor Pacheco y Obes—*A un poeta*, poesía de José Pedro Varela—*La Semana*, por Cuasimodo—*La pluma*—*Examen de Conciencia*—*Las sombras*, á C. T., poesía por Miguel Herrera y Obes—*Republicana IV*, poesía de Laurindo Lapuente—*La Confederación Sud Americana*, por Eliseo F. Outes—*Poesías del General Pacheco y Obes*—*Máscaras*—*«El Iris»*—*Una noche de luna en el Río Paraná*, por R. M. Alcora.